

Los Marcos de la Acción Colectiva. Definiciones y Problemas¹

Daniel Cefai

Introducción

El análisis del marco -frame analysis- ocupó un lugar importante en la investigación sobre la acción colectiva, en continuación con los paradigmas del Comportamiento Colectivo y de los Nuevos Movimientos Sociales, en contrapunto con la Teoría de la Movilización de Recursos (TMR) y de la Teoría de los Procesos y de las Oportunidades Políticas. Si bien, la génesis de los conceptos del “marco” y de “enmarcamiento” le corresponde a Erving Goffman, la utilización que hizo la sociología de la acción colectiva se alejó del autor de Frame Análisis (1974). Estos conceptos fueron puestos al servicio de la reintroducción del parámetro de la cultura, en particular de la cultura política; sin embargo esta fue realizada en un lenguaje utilitarista y psicologicista. Utilitarista: las exigencias de la publicidad que regulan los procesos de enmarcamiento son subestimados en provecho de una concepción estratégica de la acción. Los marcos son tratados como recursos simbólicos para alcanzar objetivos, unificar organizaciones y vencer adversarios; y la “resonancia entre marcos” como el efecto de una estrategia exitosa de comunicación hacia los públicos. Psicologicista: las razones o los motivos del actuar tienen el estatus de dones mentales o de móviles íntimos o, en el mejor de los casos, de representación colectiva. Los fenómenos de compromiso, de convicción y de creencias son pensados como estados de conciencia, antes que relacionados a regímenes de acción y repertorios de justificación.

Nosotros criticaremos este doble sesgo. Intentaremos mostrar que la defensa de las causas o la reivindicación de los derechos y la movilización de las redes de activistas y de simpatizantes -fenómeno bien estudiado por los sociólogos de la Acción Colectiva- deben plegarse a las gramáticas de la vida pública.

La publicidad de la acción colectiva tiene, en efecto, una dimensión dramática y

¹ Publicado en Cefai Daniel y Trom Danny (2001): *Les formes de l'action collective. Mobilisations dans des arènes publiques*, (París: École des Hautes Etudes en Sciences Sociales). Traducción José Cornejo: in A. Natalucci (ed.), *Sujetos, movimientos y memorias. Sobre los relatos del pasado y los modos de confrontación contemporáneos*, La Plata, Al Margen, 2008, p. 49-79.

retórica, sensible dentro de la definición de las identidades colectivas. La idea compartida por Burke (1989), Klapp (1962, 1964) y E. Goffman (1959, 1963) de que el mundo social es un escenario público va más allá de la descripción de las técnicas de gestión de las impresiones o de la manipulación de las emociones por los “emprendedores de los movimientos sociales”. Esta última descripción aborda una dimensión de la configuración pública de la acción colectiva, reducida a sus artificios estratégicos. En cambio, la dramaturgia y la retórica de las identidades colectivas subrayan el problema ontológico de la existencia de lo colectivo y el problema de la representación en un sentido teatral y político del término. Puesto en escena, en relatos y en argumentos este concepto no incluye sólo a los líderes de las organizaciones de los movimientos sociales (OMS) para la realización de objetivos estratégicos, es también para inscribir en una arena pública acciones cuya vocación es expresiva o simbólica (Burke, 1966; Taylor: 1985). Englobar la perspectiva de la (inter) acción estratégica en la concepción de la arena pública permite superar la incapacidad de la TMR para concebir otra cosa más que una ontología liberal o interaccionista de actores individuales y una Realpolitik de grupos de interés o de presión.

Los marcos de organización de la experiencia

La noción de marco fue desarrollada por Goffman en su obra *Frame Analysis*. Allí se refiere a la Teoría del juego y del fantasma de Bateson (1977) y a los conceptos de sub-universo de James (1890), de orden de existencia de Gurwitsch (1958) y de provincia de sentido de Schütz (1962)². Las operaciones de enmarcamiento consisten en poner en escena “esquemas de interpretación” para “localizar, percibir, identificar y etiquetar” eventos y situaciones, en vista a organizar la experiencia y orientar la acción. El sustantivo inglés *frame* es de una mayor polisemia que el término francés *cadre* (marco). *Frame* significa estado o disposición de espíritu; osamenta, armazón o carcaza, cuadro, marco, chasis y trama. Sistema de referencias o de coordenadas. En cuanto al verbo *to frame* puede ser definido como: ajustar algo, redactar un texto, proyectar un diseño, un dibujo, concebir una idea, armar un complot, además de enmarcar en el sentido artesanal de “poner un marco”, encuadrar en el sentido

² Goffman cita también, desordenadamente, el Teatro del Absurdo de Pirandello; la Teoría de las Interacciones estratégicas de Glaser y Strauss (1954); la Pragmática de la Percepción de Austin (1971) y de su alumno Schwayder (1965).

cinematográfico de “poner en el lugar” y “poner en escena”.

La noción de frame analysis fue retomada en la sociología de la Acción Colectiva por Snow y su equipo, dando lugar a una verdadera industria editorial y siendo aplicada a todo tipo de investigación. Los marcos dominantes -master frames- (Snow y Benford, 1994) -tienen una difusión extendida durante un ciclo de protestas y proveen los lenguajes comunes a un gran número de movimientos- se inscriben en un repertorio de “marcos de justicia y de injusticia” (Gamson et al., 1982; Ryan, 1991), los “marcos de derechos cívicos” (Mc Adam, 1996) como los marcos del retorno a la democracia (Noonan, 1995), de la elección educativa (Davies, 1999), del pluralismo cultural (Berbier, 1998), de la justicia ecológica (Capek 1993), de la igualdad de posibilidades (Williams y Williams, 1995), de la oposición de la hegemonía (Blum, Kulka y Liebes, 1993). Entre los marcos específicos de lugares, de asuntos o de apuestas determinadas mencionamos:

a) Algunas constelaciones retóricas en uso en el movimiento obrero estadounidense a fines del Siglo XIX (Babb, 1996), en el “derecho religioso contra el aborto” (Blanchard, 1994), en la lucha por la abolición de la pena de muerte (Haines, 1996) y en la movilización contra la violencia hacia los homosexuales (Jeness, 1995);

b) Los esquemas de organización de la experiencia y de la justificación de la acción inventados por los anti-esclavistas en el siglo XVIII (D’Anjou y Van Male, 1998), por los movimientos fundamentalistas de los granjeros estadounidenses (Griffin, 1992a; 1992b; Money y Hunt, 1994), por la oposición antifranquista en Cataluña (Johnston, 1991), por el movimiento litúrgico en la iglesia después del Concilio Vaticano II (Mc Callion y Maines, 1992) o por el movimiento pro democracia en China (Zuo y Benford, 1991; Calhoun, 1994);

c) Los repertorios de promoción de la desobediencia civil y la no violencia (Johnson, 1997), de reivindicación de los derechos para las asociaciones de defensa de los Sin Techo (Snow, Cress et. al., 1998) o de legitimación de las transformaciones del movimiento pacifista (Marullo, Pagnucco y Smith, 1996).

La literatura sobre los procesos de enmarcamiento por los medios masivos de comunicación es la más antigua: los estudios fundadores de Tuchman (1978), de Gitlin (1977; 1980; Neveu, 1991) y de Gamson (1975; 1992 y 1996), Estos teóricos tuvieron como estudios aplicados las investigaciones sobre los riesgos vinculados al poder nuclear (Gamson y

Modigliani, 1989; Jasper, 1990 y 1992), sobre el activismo de “prime time” (Ryan, 1991), sobre el movimiento anti-nuclear (Entman y Rojecki, 1993), sobre la seguridad en las rutas y la salud pública (McCarthy, 1994) o sobre el Intifada contra el ejército israelí en los territorios ocupados (Cohen y Wolsfeld, 1993).

La estrategia teórica del análisis de los marcos apunta ante todo a un “retorno de la cultura” (bringing the culture back in) en el campo de la investigación sobre la Acción Colectiva. Esta exigencia resuena como eco de una doble consigna de moda a partir del comienzo de los años ochenta: traer a la sociedad de regreso (bringing the society back in) (Friedland y Alford, 1991), que lleva a tomar en cuenta el rol de las organizaciones y de las redes en la defensa de una causa pública y traer al Estado de regreso (bringing the state back in) (Evans, 1985), que dio lugar al surgimiento del modelo de oportunidades políticas (Political Process), (McAdam, 1982). ¿Por qué esta estrategia recurre al término “marcos”? Para Snow, se trata de retomar los “imaginarios”, las “representaciones”, los “sentimientos”, las “dinámicas identitarias” y los “simbolismos políticos” de la Teoría del Comportamiento Colectivo (Collective Behavior), que asociada a la escuela de Chicago pretende minimizar los excesos de la TMR (Snow y Davis, 1995).

La Teoría de los Marcos abandona de la herencia de Chicago el dispositivo teórico inspirado de la Psicología de las Masas, pero retiene 2 elementos. Uno, la dinámica interaccionista de alineamiento entre actores. Dos, la mediación cultural de experiencias y de acciones, aspectos ocultados por una TMR obnubilada por los medios, las estrategias y las organizaciones³. La noción de “marco” ha sido distorsionada a tal punto que poco parece a la original de Goffman.

El “marco” está asociado a un conjunto de nociones conexas: significaciones compartidas (shared meanings), condicionamientos ideológicos (ideological packages)

³ De todas formas no se debería mistificar la Escuela de Chicago a propósito de sus investigaciones sobre el Comportamiento Colectivo. Las variables son numerosas, las teorizaciones de Park y Blumer, los trabajos sobre la moda (Davis, 1992), los rumores (Shibutani) o las catástrofes (Quarantelli), y los trabajos de K. y G. Lang (1961; 1968), sobre los líderes simbólicos y la identidad colectiva (Klapp, 1964 y 1969 respectivamente), sobre las cruzadas de la Liga Anti-Alcohólicos (Gusfield, 1963), sobre la dinámica de masas y de públicos (Turner y Killian, 1957), y un doctorado de Janowitz en Ann Arbor, Michigan, que continúa en Chicago (Zald y Denton, 1962 ; Zald, 1967 respectivamente). Zald es uno de los pilares de la TMR: sus contemporáneos en Chicago no fueron para nada refractarios a

(Gamson y Modigliani, 1989), identidades colectivas (Cohen, et. al, 1985; Snow y McAdam, 2000; Polletta y Jasper, 2001) y “resonancia del marco” (Snow y Benford, 1988). La problemática de marcos pretende subvertir la manera en la que el concepto de cultura cívica es aprehendida por las ciencias políticas. Para estas últimas, la definición canónica del término es tomado de Parsons (Almond y Verba, 1963): un “sistema de creencias y de representaciones, de normas y de valores, de actitudes y de opinión”. Dicha noción ha sido operacionalizada a partir de las encuestas de tipo “Revisión e Investigación” (Survey Research).

El análisis de marcos renuncia al dispositivo metodológico que la reduce a un conjunto de variables dependientes de procesos estructurales y la mensura combinando cuestionarios cerrados y cálculo estadístico. Más bien, intenta acceder a lo empírico a través de encuestas cualitativas, que a su vez retoman observaciones etnográficas, conversaciones, relatos de vida, grupos focales, análisis documental y participación repetida de organizaciones en encuentros o campañas. Por lo tanto, Snow, retomando a Turner y Killian (1957), recurre también a una definición en términos de valores y creencias (Snow et. al., 1986: 469).

Los valores serían “modos de comportamiento” o “estados de existencia”, percibidos como algo que “valdría la pena ser protegido o promovido”. Los valores de igualdad, libertad, justicia o derecho como aquellos de familia, etnicidad, propiedad o vecindad deben ser idealizados, reafirmados, contra su **anquilosamiento** o su vanalización, su denegación o su represión de manera de convencer, movilizar y reclutar. En cuanto a las creencias, serían “relaciones presumidas” entre diferentes entidades, como las afirmaciones “Dios está muerto”, “Los capitalistas son los explotadores”, “Negro es hermoso” (Black is beautiful). Snow distingue cinco tipos de creencias: la evaluación de la seriedad de un problema, de una queja o de un conflicto; la atribución de relaciones de causalidad o de responsabilidad; la calificación de objetivos protagonistas y antagonistas; el juicio de probabilidad sobre la eficacia de una acción colectiva; la apreciación sobre la necesidad o la oportunidad de tomar partido (stand up) (Snow, Rochford, et. al., 1986: 470). El regreso a estos valores y creencias es modulable “temporal y contextualmente”, en relación a las operaciones de micro movilización de actores. Pero, debe interrogarse sobre el interés de conservar este lenguaje heredado de la ciencia

este tipo de discurso. En la lectura se puede observar que una oposición tajante entre análisis cultural y análisis racionalista es un absurdo desde el punto de vista histórico.

política parsoniana⁴ y notar su total incompatibilidad con aquel del frame analysis de Goffman.

Por su parte, Gamson (1988: 220; Gamson y Wolfsfeld, 1993), otro pionero del uso del concepto de marco en su momento fundacional, puso en marcha un modelo de valores agregados (value-added model) para resaltar “temas culturales” (Ideologías, valores, creencias y Weltanschauunge). Entendiendo por tales amplias visiones del mundo que enmarcan eventos o problemas particulares “empaquetándolos” o “embalándolos” (packaging). Gamson, distingue entre “marcos de agregado” -identifican problemas sociales- de los “marcos de consenso” -llaman a su resolución diseñando los contornos de un colectivo capaz de hacerlo- y los “marcos de acción colectiva”. Estos últimos incluyen “marcos de injusticia” -apuntan a culpables y lo transforman en el blanco de las quejas- y “marcos de identidad” -establecen una relación conflictiva entre Ellos y Nosotros-.

Las funciones de las operaciones de enmarcamiento son definir una situación como problemática e imaginar los medios de resolverla, movilizar los actores en un colectivo y justificar su oposición a un adversario. Gamson en *Talking Politics* (1992) realiza un inventario de los modos de percepción, de juzgamiento y de protesta de las políticas de acción afirmativa, de los trastornos de la actividad industrial, de los riesgos del poder nuclear y del conflicto israelí - palestino. El analista clasifica las características de edad, de generación, de género, de etnia de los encuestados y muestra las variaciones de su posición según los criterios de proximidad o lejanía, de familiaridad o extranjería con respecto a los temas debatidos. No obstante, en la resultante su método no se aleja de un análisis de contenido clásico. El topos de “la industria en crisis” por ejemplo es codificado a través de 4 “marcos”: asociación, huida de capitales, invasiones extranjeras y libre empresa, con 2 variantes antisindical y antiestatal (Gamson, 1992). Gamson demuestra la capacidad de los ciudadanos de elaborar informaciones y argumentos que provienen de su experiencia personal, del sentido común (popular wisdom) y de los medios de comunicación. También insiste sobre la presencia en los intercambios interpersonales entre los encuestados de la dinámica de contradicción que anima los discursos públicos de los movimientos y contra-movimientos. Pero esto, no es suficiente para remediar

⁴ Los trabajos más recientes sobre la cultura política (Cefaï, 2001) en clave de experiencia, de afectividades y de sensibilidades, de territorios y memorias y aún de rituales (Kertzer, 1988) y de protocolos (Deloye, Haroche y Ihl, 1996) enriquecen esta perspectiva.

una descripción muy estática de los marcos; estos están desconectados de las actividades que los originan, de sus usos y de sus consecuencias pragmáticas sobre las acciones y eventos.

El análisis de los marcos es más productivo en términos analíticos cuando pone en acción presupuestos interaccionistas. Describe entonces, el trabajo de coproducción de marcos, mientras son preotorgados en un cúmulo de experiencias y son movilizados según las exigencias prácticas de la situación. El análisis muestra cómo se transforman en series de actividades conjuntas (joint actions) y cómo ese “trabajo de enmarcamiento” (Tilly, 1986) o esta “praxis cognitiva” (Eyerman y Jameson, 1991) pueden dar lugar a una “política identitaria” (Cohen, 1985) o a una “liberación cognitiva” (McAdam, 1982). Más que rechazar las operaciones de enmarcamiento sobre los espacios estructurales de las posiciones sociales, el análisis de marco muestra la relación circular con respecto a la arquitectura móvil de la perspectiva de los actores. Estos, se orientan los unos con respecto a los otros para definir y dominar situaciones problemáticas, emitir sus diagnósticos y sus pronósticos, proyectar y justificar las acciones venideras. Así constituyen redes de circulación de información, se reagrupan en organizaciones que llevan sus causas al público y toman posición en mercados y jerarquías de relaciones sociales. Estos procesos de alineamiento (Blumer, 1946), requeridos por el compromiso en relaciones de cooperación y de competición, son mediatizados por operaciones de enmarcamiento, que fijan denominadores comunes y prefiguran desafíos compartidos, articulan esquemas de interacción y delimitan el campo de las interpretaciones y las performances posibles.

Cuanto menos institucionalizada es la situación donde confrontan los movimientos de acción colectiva, sus operaciones de enmarcamiento más se alejan del modelo de Durkheim o de Halbwachs de las “formas sociales de categorización y de clasificación” y más flexibles se muestran respecto de la manera en que los actores las efectúan. Los procesos de alineamiento deben unir las circunstancias de la situación problemática acompañando el proceso de bricolage de sentidos y de emergencia de normas (Turner y Killian, 1984). Un acercamiento de este tipo implica una doble ruptura. Por un lado, respecto de una concepción sobre-socializada de los actores, que los trata como vectores de fuerzas sociales. Por otro, rompe con una concepción sub-socializada que ha hecho semi-dioses capaces de improvisar ad hoc las soluciones apropiadas a cada circunstancia.

Alineamiento de los marcos y de los motivos: un lenguaje psicologista y utilitarista

¿Cómo se forma una organización (OMS)? ¿Se da un programa, propone eslóganes o proyectos que aglutinan a sus miembros, que les permiten coordinar y justificar sus acciones, de reclutar y de movilizar a sus adherentes y militantes? Snow concibe los alineamientos de marcos (Blumer, 1946) como una actividad estratégica, calculada y consciente de los emprendedores de una OMS para asegurarse el apoyo de los públicos, adherentes o afiliados a una línea ideológica o a un programa político o para crear y sellar alianzas con otras OMS. En principio, estamos en el horizonte de un mercado donde los actores estratégicos entran en competencia para acaparar recursos y disputar clientelas.

La perspectiva sin embargo no está desprovista de pertinencia. Las OMS, como cualquier partido o asociación, tienden a percibirse y a presentarse como grupos de interés o de presión, con un funcionamiento regido por una lógica de empresa, que aumentan en tamaño, se profesionalizan, se racionalizan y se mediatizan. La TMR es uno de los juegos del lenguaje, que trata sobre el bien común y el bien público, más difundidos en los Estados Unidos (Thévenot y Lamont, 2000); en paralelo por ejemplo al modelo comunidad de convenio (covenant community) -que mantiene una relación privilegiada con Dios y se desea la erradicación de los “pecados nacionales”- al modelo de Locke del contrato liberal entre ciudadanos y gobierno, o al modelo de obligaciones biocéntricas de la comunidad (Williams, 1995). La TMR es adoptada como un lenguaje propio para los líderes del movimiento de acción colectiva a partir de los años sesenta y de los sociólogos coincidentes con su trayectoria⁵. La adopción sin tomar distancia de este lenguaje de la vida pública tiene por efecto deshacer la pregunta por el sentido de las causas públicas llevadas por acciones colectivas en las estrategias de comunicación de los dirigentes de OMS.

Los repertorios simbólicos restringen la puesta en escena y el relato de una acción

⁵ Los trabajos de Hirschmann (1980; 1991 y 1995) sobre las pasiones y los intereses, sobre la génesis de la retórica reaccionaria o sobre las modalidades de compromiso público ayudaron al desarrollo de una crítica sociológica de la ideológica liberal en las ciencias sociales. En Francia, las estrategias han sido diversas: “movimiento anti- utilitarista” de la Revue Du Mauss; la expansión de una “economía general” de los intereses sociales y de las empresas políticas (Gaxie, 1977; Offerlé, 1994; Neveu, 1999) o la reducción de la RMT a uno de los regimenes de acción y justificación en el marco de una “Economía de la grandeza” (Boltanski y Thévenot, 1991).

colectiva (Benford y Hunt, 1992) ya sea en clave de coproducción por los ciudadanos de las convenciones de sus cooperaciones y conflictos (Thévenot y Livet, 1994) o en clave de democracia deliberativa alrededor de desafíos de moral, de ética o de derecho (Habermas, 1997). Los marcos no son más que instrumentos de movilización, reclutamiento o propaganda, orientados a la optimización de posibilidades de realización de objetivos (Polletta, 1997). La pregunta por el proceso de la publicidad de acciones o de eventos (Quéré, 1995) y la generalización de los problemas públicos (Boltanski y Thévenot, 1991) está en cortocircuito.

A pesar de sus limitaciones, la cuestión de los alineamientos de marcos a la que se refieren Snow y Benford (2000) permite la reaparición de las dimensiones pertinentes de la dinámica de un movimiento social. a) El movimiento asume los problemas que eran hasta allí muy diferentes unos de otros y los articula en una plataforma programática, unificando los marcos de interpretación y de movilización (frame bridging). Se realizan acercamientos y elaboran compromisos entre perspectivas divergentes, negociaciones de interés y enfrentamientos de opiniones, llegan a formas de consenso precarias e inestables, se logra y se lo muestra públicamente. b) El movimiento aclara y amplía los marcos disponibles, introduciendo valores potencialmente compartibles, pero no formulados o reclasificando causas y designando a los responsables de una situación considerada nefasta o negativa (frame amplification). Se trata por ejemplo de reatribuir responsabilidades en caso de daños y reformular objetivos de acción colectiva y desculpabilizar a los desocupados mostrando los mecanismos de estigmatización de los cuales son víctimas y denunciar la falta de adecuación de las estrategias de lucha contra la desocupación concentrando las acusaciones sobre las agencias gubernamentales. c) El movimiento busca extender su base de apoyo y ámbito de intervención integrando nuevos temas en su discurso y vinculándolos a sus temas habituales de reivindicación (frame extension). Los ecologistas, antinucleares pueden hacer una extrapolación del registro de la protección del medio ambiente al de la defensa de los presupuestos de educación y salud y al rechazo de la carrera armamentista, involucrando a auditorios sensibles a los argumentos pedagógicos o pacifistas. d) El movimiento busca fundar, difundir y justificar nuevas prácticas o modificar los juicios de valor contra los prejuicios y opiniones en vigencia (frame transformation). Las batallas de Act Up contra las formas de discriminación sufridas por los enfermos de Sida y por una toma a cargo coherente de sus cuidados y curaciones, se agregan a la lucha por el reconocimiento de la normalidad de la

homosexualidad (Fillieule, 1993).

El análisis de los marcos adoptó una forma estática retomando esquemas ideológicos, cuyos marcos no toman en cuenta su transformación en el mediano o corto plazo. Un antídoto, análogo al principio simétrico implementado por la antropología de las ciencias y de las técnicas, sería estudiar en paralelo a los movimientos que han tenido “éxito” en la obtención de una buena cobertura mediática o en provocar cambios políticos y jurídicos, los casos donde el proceso de enmarcamiento fue un fracaso (Benford, 1997: 412). Benford (1993) explica cómo las organizaciones a favor del desarme acentúan la gravedad y urgencia del problema, insisten sobre la eficiencia de la acción colectiva como influencia a los gobiernos y apelan a la responsabilidad de los simpatizantes por ellos mismos y por las futuras generaciones. El punto de equilibrio es difícil de encontrar entre esos “vocabularios de motivos”, que pueden suscitar inferencias y conductas fatalistas, o al contrario, de modo contraproducente, conducir a formas de involucramiento excesivo; como el caso de ese militante que fue condenado a veinte años de prisión por haber sacado los durmientes del ferrocarril que llevaba a una fábrica de producción de ojivas nucleares (Benford, 1993: 208). Aquí se ve cómo ciertas operaciones de enmarcamiento “no funcionan”. Otro antídoto sería el de restituir los procesos de tensión, de negociación y de compromisos y las operaciones concernientes al re-enmarcamiento y contra-enmarcamiento (Benford y Hunt, 1992) cuyo resultado es un cierto tipo de articulación de la acción colectiva, de definición de los desafíos y de las motivaciones de los actores. La “política de la significación” es por esencia conflictiva, por los opositores dentro de la misma organización, y desde el exterior por las OMS rivales. Aquella está siempre atenta a los eventos que provocan el cuestionamiento de creencias o de lealtades, confirman o desacreditan los marcos establecidos anteriormente (Ellingson, 1995).

El análisis de los marcos deja de focalizarse en una sola organización, toma en cuenta los componentes de una arena multi-organizacional y multi-institucional (Meyer, 1995; McAdam, 1996), adquiere la dinámica temporal de la interacción entre estos múltiples componentes y cesa su influencia sobre la cultura pública, puesta en juego por las OMS, los medios de comunicación o las agencias gubernamentales. Meyer y Staggenborg (1996) estudiaron los repertorios de marcos de los conflictos entre movimientos y contra-movimientos; por ejemplo pro-life y pro-choice, favorables u opuestos a la legalización del aborto por la Corte Suprema en 1973. Según los autores, dinámicas análogas se reencuentran a propósito de los derechos

homosexuales, de la acción afirmativa, del consumo de tabaco y de marihuana, de la violencia, de la pornografía en la televisión, de las políticas de las minorías lingüísticas o de la libertad de exportación de armas de fuego. El potencial de convicción y de movilización de un movimiento depende de sus estrategias de agregación y de consenso, de sus tácticas de innovación, de delimitación y de enfrentamiento y también de la capacidad de los poderes públicos de traducir sus reivindicaciones en dispositivos legales o institucionalizarlas en políticas públicas, o aún del equilibrio entre los argumentos opuestos y su visibilidad para los medios masivos.

Esta propuesta tiene consecuencias metodológicas. Los materiales utilizados para el análisis de los marcos se limitan muy frecuentemente a los artículos de prensa, a las declaraciones de los líderes o a las entrevistas de los militantes. Falta en general una aproximación a las acciones de las organizaciones o de los contextos de recepción de los públicos con incidencia en las operaciones de enmarcamiento. El inventario de los marcos debería ser indisociable de la observación del trabajo de configuración práctica en la que son tomadas las situaciones de crisis, de conflictos y de controversia que ellos problematizan. Por eso el investigador debe elegir los lugares y los momentos donde emerge la evidencia natural de los juegos de estatus y de rol, de las series de conceptos y de reglas (Snow, Cress et. al, 1998), para observar dinámicas de configuración y de estabilización de eventos, de imbricación de acciones y de pasiones en constitución, de enfrentamientos de opiniones y de realizaciones de compromisos provisorios e inestables.

Un primer abordaje de las operaciones de enmarcamiento puede desplegarse en situaciones problemáticas. Cuando un asunto se potencia e influencia a la opinión pública, cuando una causa busca y encuentra un lenguaje, abogados y detractores, cuando un problema público emerge, los resultados no están predeterminados. Los actores deben plantear descripciones e interpretaciones de la situación, formular causas y principios, a señalar víctimas y culpables, proponer soluciones realizables, imaginar escenarios de intervención, evaluar recursos, encontrar aliados y proyectar objetivos. Solo a partir de un estudio riguroso de estas dinámicas de crisis las operaciones de enmarcamiento pueden aparecer.

El concepto de “marco” tiende a abarcar, sin distinción, figuras retóricas, intrigas narrativas y dramas escenográficos. Algunos autores son más restrictivos en sus definiciones

analíticas de la noción, al distinguir claramente metáforas (Jasper, 1997), relatos (Polletta, 1998) de las ideologías (Oliver y Johnston, 2000). Jasper (1997) desarrolló la perspectiva retórica de Perelman (1987) o de Billing (1991), ya aplicada por Burke (1989) a las motivaciones de acción o por Gusfield (1981) a los problemas públicos. Los procedimientos de enmarcamiento son tratados en términos de argumentación que apuntan a convencer a públicos y a solicitar acciones. Este enfoque sobre la argumentación es pertinente al estudio de las controversias alrededor de la definición de la realidad, de la calificación de los actores, de la veracidad de las explicaciones e interpretaciones, de la exactitud de la evaluación de los pronósticos y de la justicia de las acciones comprometidas (Jasper, 1990 y Nelkin, 1992). Las batallas retóricas implican reagrupamientos y oposiciones alrededor de líneas argumentativas. Buscan reagrupar actores con fuerte poder simbólico o visibilidad mediática, de manera de pesar sobre los poderes públicos, de acercar sus análisis y proposiciones a los representantes políticos e influenciar la acción de las agencias administrativas. Hirschman (1991) dio un ejemplo de análisis de argumentos de la retórica reaccionaria que buscaba desalentar las acciones y desmotivar los actores. Esta aproximación retórica también fue aplicada en el caso de niños desaparecidos (Best, 1988) o en las publicidades Nimby (Gordon y Jaspén, 1996; Trom, 1999).

Un segundo abordaje de las operaciones de enmarcamiento es la dramaturgia (Burke, 1966; Gusfield, 1981; Edelman, 1998), cuyo estudio se basa sobre las acciones colectivas como dramas públicos sobre escenarios teatrales. Las intrigas se anudan alrededor de personajes culpables y víctimas, testigos y héroes, jueces y ladrones (Klapp, 1962). Los resortes del arte dramático con sus modos trágicos o cómicos, sus cambios de situación, simulaciones y disimulos, sus juegos dobles y sus golpes de teatro se reencuentran en las puestas en escena de las acciones colectivas. En esta perspectiva, fueron realizados varios estudios sobre las reuniones de pacifistas de tipo Die-ins⁶ y Sit-ins⁷ (Lofland, 1982; 1985 y 1996), las ceremonias antinucleares y antiglobalización, las conmemoraciones de victoria

⁶ N. d. T. Die-ins proviene del verbo inglés die, cuya traducción al español es morir. Es una forma de protesta donde los participantes se arrojan sobre el suelo simulando su muerte. Como modo de otorgar realismo a la acción, se tiran encima líquido rojo para simular sangre. Es un formato usado por grupos pacifistas que se oponen a las guerras y la violencia.

⁷ N. d. T. Sit-in or sit-down proviene del verbo inglés sit, su traducción al español es sentarse. Es una acción directa de pacifistas donde un grupo de personas se concentra en un área, para promover cambios económicos, políticos y sociales.

(Snow, Zurcher y Peters, 1981) y la manipulación de emociones en un mitin (Zurcher, 1982; Benford y Hunt, 1992).

El tercer abordaje sobre las operaciones de enmarcamiento es por un acercamiento narrativo. Ha sido recientemente relanzado por Polletta (1998a; 1988b) después de dos décadas de debate sobre el relato histórico (Danto, 1985; Certeau, 1980 y Ricoeur, 1983). Los relatos tienen un poder de configuración de las acciones y de las situaciones. Puede tratarse de historias de vida, donde las secuencias de una experiencia militante son puestas en forma de acuerdo a una intención retrospectiva y prospectiva, poniendo en evidencia ciertos momentos y puntos de inflexión. Puede tratarse de eventos públicos que son relatados como series ordenadas de peripecias, devenidas coherentes en el transcurso de la aventura, donde la libertad y el destino entran en escena; o también conflictos entre organizaciones, investidas de personalidad colectiva que se enfrentan en escenarios de alianzas y traiciones, de corrupción y resistencia que encarnan principios de moralidad o de civismo. Lo propio de los argumentos, dramas y relatos es que se dirigen a públicos que tienen el poder de reconfigurar, apropiarse y aplicar vectores de sentido de los cuales se apoderan (cf. la “triple mimesis” de Ricoeur, 1983). El análisis de los marcos no debería limitarse a las producciones de imágenes y textos por ideólogos, periodistas, políticos o líderes de movimientos: también debería dirigirse hacia los contextos de preconfiguración de la acción colectiva (los actores enmarcan aquello que hacen recurriendo a sus propias “redes conceptuales” y “tramas narrativas”) y hacia sus contextos de reconfiguración (los discursos de especialistas son apropiados por su público al punto de convertirse en sus marcos de acción).

Otro modelo no muy seguido fue el de Goffman en *Forms of Talk* (1981). Una excepción fueron Hunt y Benford (1992) que estudiaron las conversaciones identitarias (identity talks) en una organización pacifista, en términos de rendimientos con diversos efectos: reconocimiento entre militantes de larga data, reclutamiento y vinculación de nuevos adherentes, identificación y apego de sus miembros al colectivo; demarcación entre un Nosotros y los competidores o adversarios, justificación ética y afectiva de la causa defendida. Esta vía prácticamente no ha sido abordada con exhaustividad.

Técnicas de análisis del discurso, más perfeccionadas que las de Snow o Gamson, ha comenzado a desarrollarse de la mano de Tannen (1993), Franzosi (1998), Steinberg (1998) y

Polletta (1998). Johnston (1995) propone un micro análisis de los marcos centrado sobre los textos en contexto, implementado durante su búsqueda sobre el antifranquismo en Cataluña. También es posible aplicarlos a los “manifiestos, grabaciones de debates en mitin, acciones de manifestantes políticos, artículos de diarios, eslóganes, discursos, afiches, impresos satíricos, estatus de asociaciones, panfletos” (Sewell, 1980), como a las charlas con militantes de una organización o a sus conversaciones informales (Hunt y Benford, 1992). Este microanálisis exige respetar la integridad del texto tomado en su totalidad, identificar su género, su tipo, sus condiciones de producción y recepción (discursos a la tribuna, diario íntimo o intercambio epistolar). Se apoya sobre toda suerte de datos sobre la biografía de los protagonistas, sobre la definición de su situación discursiva y sobre la duplicación de su dicho por un hecho. El texto no es simplemente objeto de una hermenéutica literaria, sino que se concibe como una performance que apunta a efectos pragmáticos. Este microanálisis concentra su atención en los pequeños procedimientos discursivos que acarrearán información verbal y no verbal (modos de hacer tácito o acentuado el sentido; tono, tempo y ritmo, pausas y reinicios). Este tipo de análisis indica la forma y el sentido de aquello que se dice en las operaciones de atribución y conmutación de roles entre locutores en situación. “En una misma conversación, el entrevistado puede por turnos ponerse en la posición de funcionario socialista, inmigrante, proletario y padre de familia” (Johnston, 1991: 179). Las subculturas nacionales o militantes de Cataluña son examinadas bajo la lupa de este micro análisis.

Las situaciones discursivas son igualmente especificadas por el alcance de su publicidad: simples habladurías cara a cara; discusiones en sitios semi-públicos entre militantes de base o líderes; tomas de palabra en encuentros orientados, destinados a auditorios numerosos internos o externos a la organización (disputas entre facciones que compiten delante de asambleas generales; informes o declaraciones sin mediación a los poderes públicos; guerras mediáticas entre movimientos y contra- movimientos); y anuncios dirigidos a públicos generales, seguidos por el canal de los medios masivos (Aún si el destinatario privilegiado permanece durante las instancias político-administrativas, con los miembros adherentes y potenciales del movimiento o sus opositores) (Johnston, 1995: 225). Tal método permite describir de un modo riguroso los repertorios de argumentación, razonamiento y motivación de los actores. El método aplica el programa empírico de una sociología comprensiva, que toma en cuenta el sentido que los actores unen a sus propias acciones, sin

disolverlo en el contexto de las situaciones discursivas, sin fijarlo en sistemas simbólicos en la dirección estructuralista. El método libera universos de significaciones que trascienden el aquí y ahora de su actualización, sin por ello renunciar a alcanzar su raigambre pragmática en esto que hacen los actores, evitando de esta manera la trampa del endiosamiento de la cultura.

La posición de Johnston (1995) tiene otra cualidad, la de concebir los marcos como públicamente disponibles y semánticamente restringidos, y avanzar en una alternativa al lenguaje de la psicología social como es el caso de autores clásicos como Tilly, Tarrow, Gamson o Snow⁸. Si bien, Gamson en su libro *The Strategy of Social Protests* (1975) había estigmatizado la teoría del Comportamiento Colectivo como “camisa de fuerza”, pero veinte años más tarde rehabilitó la psicología social (Gamson, 1992).

Klandermans ha sido uno de los primeros en desarrollar la TMR en relación a los “factores ideales”, en paralelo de los factores organizacionales o políticos⁹. El propósito ha sido la síntesis entre los cálculos de costos y beneficios que se erigen sobre “intereses objetivos” y procesos de formación de conciencia, solidaridad e identidad que señalan “intereses de grupo experimentados subjetivamente”. Esta “perspectiva psicofuncional” tal como se la presenta en la teoría de la “Convergencia” (Marx Ferree y Miller, 1986) o en la teoría de “Corazones y Espíritu” (Leites y Wolf, 1970) no tiene mucha vinculación con el análisis de Goffman. Aquella perspectiva yuxtapone “condiciones estructurales” -descuidando el hecho que la distribución de los recursos y las estructuras de oportunidad son formateadas por las operaciones de enmarcamiento de los actores- y “condiciones psicológicas” -análogo del factor subjetivo de la conciencia de clase de los marxistas de antaño-.

Sin embargo, ciertas formulaciones son más satisfactorias. El concepto de marco puede ser dejado de lado de los esquemas de la psicología cognitiva (Donati, 1992 y Tannen, 1993). Entonces, es pensado como un conjunto de principios de cartografía y navegación que permite sin pausa improvisar y rectificar bosquejos de mapas. Las metáforas de la caja de herramientas (tool-kit) (Hannerz, 1969; 1992) y del repertorio de saberes (Swidler, 1985;

⁸ Los investigadores más jóvenes como Jasper, Polletta o Goodwin produjeron una ruptura con el instrumentalismo del frame analysis reconduciendo al psicologismo a sus problemáticas del Self, de la biografía y del relato/ narrativa, de la creatividad y de la emoción.

⁹ Sobre la puesta en escena del acercamiento entre los paradigmas TMR y Cultura e Identidad, que será también aquella entre Europa y los Estados Unidos, se sugiere la consulta de Klandermans y Tarrow, 1988.

1995) reintroducen la dimensión de la elección de los actores apropiada en un contexto y negociada con compañeros, y aquella de la invención de soluciones de problemas dentro de espacios de restricciones y oportunidades. Este abordaje sostiene también la idea de códigos semióticos (Swidler, 1995: 28), accesibles públicamente en un ambiente concreto y periódicamente impuestos por dispositivos institucionales que ejercen un control sobre las prácticas individuales y colectivas¹⁰, sin por ello determinarlas.

En el peor de los casos, el concepto de marco ha sido confundido con la vaga noción de “recursos simbólicos”, situados “en la cabeza de los actores”. Entonces, aquello que hace a la riqueza de una perspectiva gramatical (Winch, 1958) o pragmatista (Dewey, 1957) está perdido. De una cierta manera, el análisis de marco tal como ha sido desarrollado desde mediados de los ochenta es una herencia del interaccionismo simbólico de Blumer transplantado en la teoría de la Acción Racional de Olson: aquí falta un capítulo sobre los recursos identitarios y culturales para hacer el contrapunto a los recursos materiales y organizacionales (Klandermans, 1984; 1997). En resumen, el análisis de marco entendido de esta manera ha asignado a estos recursos simbólicos un lugar psíquico, en vez de pensarlos como actividades públicas de producción, de circulación y recepción de sentido, implicando el uso de sistemas simbólicos (Geertz, 1973; 1983).

Marcos, redes de sociabilidad y movilización de consensos

Las OMS, que se apoyan sobre redes y ámbitos de sociabilidad y se inscriben dentro de campos multi-organizacionales, fueron tratadas en las versiones anteriores de la TMR como “infraestructuras organizacionales”. Esto significaba olvidar que estos campos, estos ámbitos y esas redes sólo se constituyen a través de las actividades de enmarcamiento de los actores. Ocurre lo mismo para los espacios de limitaciones y oportunidades (ecológicos y económicos, sociales e informativas) que se aparecen a los actores a través de la mediación de los marcos identitarios y culturales. Las estructuras de oportunidad política no existen fuera de la percepción, de la representación y del juicio de los actores. El sentido de lo posible está vinculado directamente a maneras de ver y decir las cosas. Desde ese punto de vista, la

¹⁰ Aquí dejamos de lado la discusión dirigida por Donati (1994) o Fisher (1997) sobre las estructuras de superficie (códigos, hiper códigos y elementos de asignatura) y las estructuras de profundidad (intrigas

identificación de “condiciones objetivas” por afuera de la “conciencia subjetiva” de los actores es insatisfactoria. El sociólogo no tiene ningún acceso “por afuera”; sólo puede restituir la multiplicidad articulada de perspectivas tomadas por los actores en una situación de crisis y analizar cómo rinden cuenta de las “ventanas de oportunidad” que se abren a su sentido. “La oportunidad hace al ladrón”, pero esta se le otorga a quien sabe alcanzar la “oportunidad que se ofrece” y sabe “vislumbrar el buen momento”. De la misma manera, la pertenencia a redes o ámbitos no se da forzosamente con antelación: ella es inducida por el trabajo de alineamiento de marcos y va en par con una reconfiguración de las coordenadas de los colectivos preexistentes. Las OMS extraerán de los yacimientos de sociabilidad, donde anticipan que la rentabilidad de las actividades de reclutamiento y de movilización será más elevada (Snow, Zurcher y Eckland-Johnson, 1980; McAdam, 1988; Gould, 1991). Las OMS utilizan estratégicamente el anclaje en territorios de vecindad y lugares de trabajo, iglesias y colegios¹¹, grupos de afinidad, redes de amistad y ámbitos comunitarios¹². También producen la emergencia de lazos de simpatía, de connivencia, de cooperación, de solidaridad que reposan sobre la adhesión a las mismas convicciones o sobre el compromiso en los mismos ámbitos de creencia.

Las perspectivas configuradas por las OMS son denominadas “entrar en resonancia” en sintonía con los públicos. El sentido de los marcos es construido en conformidad con regímenes de acción, de interpretación y de justificación en vigencia de los ámbitos sociales de los actores involucrados. Estos marcos no son explícitos para los ciudadanos. No se trata de ajustes automáticos de una oferta por productores y de una demanda por consumidores, ni de imposición simbólica de una ideología por dominantes a dominados. La determinación de opiniones de públicos según su posición en una estructura social es limitada, como lo son su maleabilidad y su permeabilidad a los discursos del que son objetivo. Los actores no son agentes pasivos, manipulables a voluntad, marionetas a la merced de sus voceros y de los medios masivos; disponen de un margen de maniobra en sus actos de recepción. El análisis de marcos trató de descubrir cómo discursos de denuncia o de reivindicación se propagan en

narrativas e ideologías).

¹¹ Sobre el movimiento de derechos cívicos se sugiere la lectura de Mc Adam, 1982; 1988 y Morris, 1981; 1984.

¹² Sobre la Nueva Izquierda y el movimiento feminista veáse Evans, 1979; Rosenthal, et. al. 1985; Taylor y Whittier, 1992; 1995.

ámbitos de interconocimiento, donde se establece una lectura compartida de los eventos y en redes de organizaciones conectadas por fax o Internet que ponen en común sus bagajes de competencia y sus agendas de direcciones en situaciones de movilización. Correlativamente a ese proceso de difusión, se modifica la arquitectura de esos ámbitos y de esas redes, de esos grupos de referencia y de pertenencia. El trabajo de comunicación pública, de transmisión, de recepción y de aplicación de formas de organización de la experiencia y de justificación de la acción, se refuerza con la configuración de las acciones colectivas.

Por ejemplo, la exaltación de “Culturas de solidaridad” (Fantasía, 1988), de la fraternidad y de la asociación en el movimiento obrero, tuvo efectos muy directos sobre la institución de la organización del trabajo, mutuales y sindicatos en el siglo XIX. El surgimiento de sociedades de socorro mutuo y cooperativas de producción y de consumo, de los partidos socialistas y de la Internacional, tienen por contexto una relación entre el Estado y la sociedad civil, la ausencia de dispositivos de seguridad social, una interacción estratégica entre organizaciones que representan a los proletarios o los propietarios, una dinámica del capitalismo nacional e internacional tendiente a la concentración y a la cartelización, la apertura de ventanas de oportunidades en función del tipo de régimen político -imperial o republicano, autoritario o liberal- y de las relaciones de fuerza entre facciones o partidos en las Cámaras Legislativas. Estos elementos de la historia económica, política y social no explican todo: los lenguajes cívicos y políticos tienen su propia lógica, ritmo y eficacia sobre las formas de sociabilidad y de asociación (Agulhon, 1968; 1970; Sewell, 1983; Huard, 1996). Las culturas públicas tienen una potencia de institución: recrean prácticas, contribuyen a configurar y especificar el sentido. Las “estructuras de oportunidad discursiva” (EODs), (Gamson y Meyer, 1996) son una manera de explicar ese fenómeno. Los contextos de sentido de los actores son articulados por operaciones de enmarcamiento que dirigen su percepción de las estructuras de oportunidad política o su adhesión a estructuras de movilización social (Polletta, 1997; Berezin, 1997).

¿Cómo se comprometen los individuos a favor de una causa y a agregarse con ella? Desde el momento en que la tesis de los intereses colectivos no funciona, como en las viejas épocas del marxismo o del parsonismo, hay que mostrar cómo se constituyen esas organizaciones de relaciones densas y sólidas, que son los movimientos de acción colectiva. Los procedimientos de enmarcamiento tienen una fuerza de movilización del consenso y de

movilización de la acción (Klandermans, 1984; Klandermans y Tarrow, 1988). Las elites de los OMS promueven estrategias de organización y legitimación, que les permiten, manipulando los eslóganes simbólicos, crear simpatía y aleación, suscitar solidaridad y combatividad, reclutar y movilizar.

La acción simbólica está pensada en términos de comunicación pública o de gestión de las impresiones en el sentido que el interaccionismo estratégico (Goffman, 1969; Lofland, 1976) da a la expresión. Sin embargo esta perspectiva tiene límites. Primero porque sería ilusorio concentrarse en las OMS y olvidar las otras agencias, lugares y momentos de micro-movilización: círculos sociales, líderes comunitarios, organizaciones de apoyo, asociaciones de auto-ayuda y grupos de opinión (Kriesi, 1996). La atracción e incentivo al público es un desafío que no se obtiene fácilmente, sobre todo porque el destinatario no es tanto el segmento de un mercado de consumidores, sino un público informal de ciudadanos. Allí reside el problema de la “resonancia” y del “consenso” que presuponen una teoría del público. Nosotros no investigamos una multitud apática o exaltada, ni con masas atomizadas y serializadas, para las cuales las elites de OMS producirían discursos de manipulación. No se trata solo de clientes potenciales de bienes y servicios a la demanda de los cuales la oferta debería ajustarse o suscitarse. Investigamos públicos; que se auto-constituyen a través de sus interacciones, están expuestos a dispositivos de producción de testimonios y de administración de pruebas, de incitación al entusiasmo y a la solidaridad (Cardon, Heurtin et. al., 1998), de llamado a la vigilancia y a la indignación de discusiones de datos objetivos y de argumentos racionales. La noción de marco no cubre la gama entera de procedimientos a través de los cuales las sensibilidades se tocan, las simpatías se adquieren, las convicciones se sostienen, los compromisos se ganan. La noción de marco desnuda el hecho que los miembros oscilan entre dos posturas de compasión e ironía, rebelión y resignación, creencia y distancia, ilusión y crítica, inversión y retroceso, que son los riesgos de la recepción colectiva. Los grados de adhesión son variables, entre el militante convencido sin restricciones, cuyo mundo está remodelado a fondo en consonancia con un discurso, y el profesional de la organización, para quien predomina el uso estratégico, calculado e interesado. Aquellos cubren un espectro que va desde la conversión, (cambiar la clave de lectura del mundo y entrar en una dinámica de culto, militancia y proselitismo) (Snow y Machalek, 1984), estudiada en grupúsculos políticos, partidos nacionalistas y sectas místicas (Lofland, 1966) o terapias alternativas (Balch

y Taylor, 1979) hasta la instrumentación (recurrir a un esquema de lectura del mundo en tanto que es una herramienta cómoda o un arma eficaz) que activa los medios sin formular siempre interrogantes respecto de sus fines. La mayoría de los ciudadanos tienen posturas que se sitúan entre los dos polos del espectro y que cambian según el contexto.

¿Qué es lo que determina que ciertos procedimientos de enmarcamiento “caminen” y otros no? Algunos aciertan, canalizan las inversiones, catalizan las energías, entusiasman; otros se caen, suscitan la desconfianza o la indiferencia, fracasan en promover la acción conjunta. El análisis de marcos oscila entre una posición estructuralista, según la cual una situación de crisis engendra una comunidad de percepción y una vinculación de intereses entre individuos; y otra racionalista, según la cual las incitaciones selectivas (*selective incentive*) son necesarias para que los individuos se pongan de acuerdo y luchen por un bien público, no divisible y no exclusivo. Pero estas dos aproximaciones no se interrogan todavía sobre las condiciones de éxito para recurrir a repertorios de denuncia, reivindicación y justificación, más aún la caja de herramientas de los marcos narrativos, dramatúrgicos y retóricos. Las estrategias de “movilización de consenso” son operantes sólo si son percibidas como portadoras de sentido, y este sentido no es una creación *ex nihilo* de los actores. Las estrategias de movilización de consenso pueden recurrir a imágenes fuertes removiendo emociones, a estereotipos relevantes que provienen de lugares comunes o de la sabiduría popular y también a categorías del sentido común. Las razones de intentar y los motivos de protestar deben estar en conformidad con reglas gramaticales, que los miembros de las OMS y los públicos tienen competencia de comprender y que rigen los casting de los buenos personajes a admirar, y de los malos para denunciar o los escenarios de la catástrofe y de la salvación, del complot o de la conspiración. Un público no puede constituirse como tal excepto que disponga de referenciales de experiencia y de acción propia a la vida pública; de la misma manera no podrá constituirse si se encuentra poco motivado y se rinde rápidamente o si sus miembros eligen la traición más que la lealtad o la lucha (Hirschman, 1995).

Quizás es lo que Snow y Benford (1994) insinuaron con la noción de marcos cardinales (*master frames*). Los autores dan como ejemplo el movimiento de Derechos Cívicos que produjo un nuevo conjunto de herramientas de marcos, en particular el “marco de los derechos” y el de “la igualdad de oportunidad” (Williams y Williams, 1995). Más tarde, estos conceptos fueron retomados en las luchas por los derechos de los estudiantes, mujeres, negros,

homosexuales e incluso de los animales. Pero Snow y Benford tienden a insistir más sobre la función estratégica que sobre el valor semántico y jurídico. Sin embargo, la generalización de derechos elementales de opinión, religión, expresión, circulación, extendidos a los derechos civiles, políticos y sociales al voto, a la seguridad, a la educación o a la salud tienen una larga historia, desde las revoluciones inglesa, francesa y estadounidense. El “derecho a tener derechos” (Arendt, 1972) no pudo transformarse en una consigna de lenguajes de resistencia y de reivindicación de los años sesenta que adoptan esos legados extendiéndolo a nuevos objetos. La elección de estos “algoritmos” (Snow y Benford, 1994) es sin duda un asunto de estrategia de comunicación política, pero no tiene más sentido, incluso en las variaciones e innovaciones que introduce, que en razón de su conformidad a gramáticas de la vida pública ya instituidas. La invención de nuevas formas narrativas debe aplicar reglas prácticas de la “impertinencia semántica” (Ricoeur, 1975; 1983) que hacen eficaces a las metáforas o los relatos sorprendentes. Acá también todo depende de la apreciación de los límites que no hay que franquear para no caer en lo ininteligible o en lo insoportable. Los Restos du coeur (restaurantes del corazón) que apelan tanto a la compasión, a la solidaridad con los más desposeídos o Greenpeace, que creó un contexto de video guerra alrededor de la isla de Mururoa y desafía a la Marina Francesa, como David a Goliat, concentran numerosos activistas. Contrariamente, los militantes del Act Up, que eligen como línea de conducta la provocación a los oficiales en un estudio de televisión, en el Sidathón de 1998, son percibidos como agresivos y en consecuencia resultan chocantes al público. Los alarmistas y alertadores (whistleblowers) (Bernstein y Jasper, 1998; Chateauraynaud y Torny, 1999), los físicos para la responsabilidad social, notificando a la opinión las consecuencias de una guerra nuclear, tienen por efecto aterrorizar a sus públicos y sofocar su movilización (Snow y Benford, 1988: 203-204).

Además ocurre que el diagnóstico de la situación problemática, el pronóstico sobre los efectos de soluciones alternativas y la justificación (racional) que da el “ímpetu motivacional a la participación” (Wilson, 1973) no estén en la misma frecuencia. Entonces el consenso que se forma alrededor del marco explicativo por la atribución de causalidades y la imputación de responsabilidades, puede estar dissociada del consenso alrededor del marco proyectivo, que define las acciones a realizar y anticipa las consecuencias esperadas; no engendra automáticamente consenso alrededor del marco motivacional, que es el motor de la

movilización colectiva. Por ejemplo, el diagnóstico sobre los peligros de la carrera armamentista puede ser dividido y discutido pero no suscita ningún deseo colectivo de invertir esfuerzos por esta causa. La única solución creíble consiste en someterse a los expertos y a sustraer el problema del debate público. Al final, la acción colectiva puede parecer argumentada y justificada, pero la apreciación de sus resultados puede ser tan pesimista o los centros de decisión parecer tan inaccesibles que la movilización no tendrá lugar (Klandermans, 1984).

Los líderes de las OMS no sólo deben ser creíbles en tanto que voceros de una causa, según su estatus profesional, ético o político puede contribuir pero sus análisis, críticas y proposiciones deben también tener una congruencia semántica con la vida cotidiana o el universo político de sus destinatarios. Snow y Benford (1988) hablan de “conmensurabilidad de experiencia” e invocan una “fidelidad narrativa” necesaria para que las operaciones de enmarcamiento den sus frutos. Se trata de admitir que las restricciones de pertinencia pesan sobre la acción o sobre la interacción estratégica. Inversamente, la “resonancia” de las operaciones de enmarcamiento no tiene lugar en el vacío y depende de la circunstancia de su puesta en marcha. En un artículo sobre el éxito de las Ligas del Norte en Italia, Diani (1996) replantea la pregunta de Tarrow (1994) sobre el acoplamiento de dinámicas de movilización de marcos y de estructuras de oportunidad política. Las Ligas disponen de pocos recursos materiales, sus líderes de poca experiencia política y de oportunidades de acceso a los medios masivos y sin embargo han conocido un creciente éxito electoral entre 1990 y 1993. Este fenómeno se explica por muchas razones. La crisis de alineamientos de activistas y la fragilidad de la representación política abren un campo a la acción autónoma de organizaciones alternativas. El contexto era favorable para que se desarrollen los challengers, como Aleanza Nazionale, la Rete o los Verdes, y al momento de la implosión del sistema de partidos existente desde 1947, para que emerja un nuevo partido-empresa, Forza Italia, que aglutinó a su alrededor segmentos del electorado de la difunta Democracia Cristiana. El uso expresivo o simbólico de las operaciones de enmarcamiento es comprensible en razón de la receptividad de los públicos a los temas de anti-centralismo y el anti-fiscalismo y sus exposiciones mediáticas; pero también se explica en términos de ecología política. Diani distingue cuatro tipos: los “marcos de realineamientos” que sirven para construir nuevas identidades políticas de movimientos y organizaciones sobre el tablero político; los “marcos de

inclusión” que permiten el reconocimiento de la legitimidad de estas entidades sin que sea remitido como causa el orden constitucional o institucional; los “marco de revitalización” donde las organizaciones políticas ya existentes se renuevan modificando en parte sus objetivos, ideologías y miembros; y los “marco anti-sistema” por medio del cual los políticos atacan frontalmente aquello que estigmatizan como la corrupción de la antigua “partidocracia” y que proyectan una transformación o refundación radical.

Dramaturgia y retórica de identidades colectivas

Un tema clave del estudio de los movimientos sociales que ha sido explorado por el análisis de marcos, es el de las identidades colectivas. Esta cuestión es muy antigua. Durante mucho tiempo se intentó amarrar las identidades a sustratos naturales, en particular de género y de etnia. La reproducción biológica de los niños y las mujeres o las disposiciones psicofisiológicas de los negros, supuestamente, explicaban los movimientos feministas o étnicos.

En los años cincuenta, se impuso la teoría de las Tensiones debido a las transformaciones de estructuras psicosociales. Klapp (1969a; 1969b) se apoya sobre las teorías de la Sociedad de Masas para situar la razón de la búsqueda de identidades colectivas en el sentimiento de alineación de individuos masificados. Las disonancias cognitivas y los desajustes de estatus, ligados a la desorganización de la sociedad y a la disolución de la tradición, conduciría a un desarraigo, a una frustración y a una desorientación de los individuos. Entonces, las construcciones de identidad son consideradas como efectos o como síntomas de estructuras sociales y psíquicas subyacentes. En los años setenta, en particular en Europa, otra teoría toma la relación de los nuevos movimientos sociales (NMS) (Social Research, 1985). Los cambios macro sociales se deben al advenimiento de una “sociedad postindustrial” (Touraine, 1969), categoría que cubre toda la desaparición de la clase obrera, como actor central y la emergencia de “nuevas clases medias”, la fragmentación de las culturas populares e identidades de clase, con el aumento de la complejidad de la organización del trabajo, de la generalización del consumo de masas y de la penetración de los medios de comunicación.

Inglehart (1977) diagnostica la constitución de “valores post materialistas” de la “revolución silenciosa”, vinculada a consignas concernientes a la juventud y la paz, el género o

la etnia, el consumo o el medio ambiente, más que aquellas del confort material y de la seguridad nacional. Los grandes cambios de la estructura macro social y las modificaciones generacionales provocan redefiniciones de identidades colectivas.

Al acercarse a estos enfoques, el primero es tributario de una sociología parsoniana y mertoniana y el segundo abraza fuertemente las formas de resistencia de los años sesenta. Los herederos de Chicago se refieren a una coproducción negociada de definiciones de la realidad y la identidad; Turner y Killian (1987) son los principales representantes, siguiendo a Blumer (1946), Quarantelli (1953) y Shibutani (1966). Súbitamente, el análisis se vuelve más fino: los procesos de movilización de repertorios de identidad, de alineamiento sobre colectivos y de presentación de sí son presentados como logros continuos (Snow y Machalek, 1984.). El problema reside en quebrantar las formas de sustancialización o de cosificación de las identidades personales y colectivas y de mostrar las operaciones de enmarcamiento que resultan de esto. Los marcos identitarios (identity frames) aparentemente surgen de procesos de interacción entre protagonistas y antagonistas, entre actores y auditores, entre emprendedores y beneficiarios; deben ser descriptos y analizados cuidadosamente en el movimiento de su temporalización en contexto. Algunos ejemplos de marcos identitarios son: personificación de colectivos, grupos u organizaciones constituyendo sujetos colectivos; atribución o reivindicación de categorías elogiosas o peyorativas, como aquellas de héroe, víctima e insultado (Klapp, 1962; Drabek y Quarantelli, 1967); imputación de cierto temperamento a personajes ficticios o biográficos. La analogía con la novela o el drama juega a pleno, se trata de narrar trayectorias o montar escenas teatrales donde aparecen actores colectivos. Las fronteras del Nosotros, del Ustedes, del Ellos se delimitan a través de operaciones de tipificación de los miembros que se perciben como amigos o enemigos, como similares o como distintos, esas operaciones duplican en la práctica todo tipo de maniobras de alianza y de conflicto, de inclusión y de exclusión, de estigmatización y acercamiento, de secesión y fusión. Hunt, Benford y Snow, (1994) señalan los “campos de identidades” (identity fields) articulados alrededor del conflicto entre protagonistas y su confrontación a los públicos (Snow y Benford, 2000).

Esta perspectiva interaccionista se diferencia de aquellas que plantean analogías entre las disposiciones de los actores y la de sus líderes, como lo dice la tesis de los tipos de personalidad autoritaria (Adorno et. al, 1950) o que se apoyan sobre isomorfismos entre

trayectorias de clase o generación, género o etnia para fundar identidades sociales. Los estudios empíricos muestran que los grados de afiliación y conversión son extremadamente variables, como los niveles de involucramiento o compromiso, los motivos de participación o adhesión. Es más, los bricolajes de identidad pesan en los repertorios de personajes en relación a circunstancias cambiantes y no avanzan sin contradicciones y paradojas, sincretismos y ambivalencias. La complejidad y la movilidad del juego de composición y de conmutación de los compromisos según las pertinencias situacionales van al encuentro de perspectivas estructurales y disposicionales (Snow y Mc Adam, 1988). También se ven los límites de la teoría de Elección Racional cuando se aplica sin discernimiento a todas las situaciones de protesta y movilización. Las razones de participar no se explican por mecanismos psicológicos constantes en el espacio y en el tiempo, transportando un diagnóstico sobre las utilidades subjetiva de las acciones. La TMR pierde de vista la danza dubitativa de implicaciones y retiradas, adhesiones y desilusiones, conversiones y desautorizaciones y el trabajo incesante de reconducir la evaluación y la justificación de los modos de involucramiento y de compromiso. Algunas investigaciones sobre la afectividad han progresado en ese sentido (Goodwin, Jasper y Polletta, 2001). Los “choques morales” (Jasper y Poulsen, 1995; Jasper, 1997) producen una toma de conciencia brutal de los problemas y conducen a comprometerse por una causa. La ruptura de pequeñas rutinas de la vida cotidiana, hecha de micro procedimientos de consentimiento al mundo visualizado como orden moral (Garfinkel, 1967) engendra un sentimiento de vértigo y de derrota y un rechazo de lo que es percibido como inmoral. La expresión de una revuelta contra la fuente del peligro, de injusticia u opresión tiene su punto de desarrollo en el estremecimiento de los predicados naturales de una situación, antes de ser problematizado en los repertorios de la reivindicación y la denuncia pública. Los choques morales conducen, a veces, a reformular de fondo los universos de convicciones y creencias y a transferir sus lealtades hacia nuevos soportes institucionales u organizacionales hacia nuevos voceros, símbolos y rituales (Lofland, 1966, Balch y Taylor, 1979, Snow y Macharek, 1984). La conversión no es un simple reenmarcamiento, en el sentido de desplazamiento de referencias cognitivas de un tema. Implica un vuelco en la trama de involucramientos afectivos y juzgamientos éticos, morales y políticos de los individuos (Jasper, 1997). Provoca una remodelación de regímenes de afectividad y sensibilidad y un reformateo del ethos del militante y su mundo vivido; la conversión va a la par con la adopción

de nuevos repertorios de argumentación y motivación y en el largo plazo de nuevos lenguajes y jergas -como aquel en vigor en los micro cohortes generacionales de las feministas- (Whittier, 1995); conduce a la ruptura de trayectorias biográficas, a compromisos en nuevas redes de sociabilidad, a vinculación con nuevos grupos de referencia; la figura extrema son las sectas religiosas o los grupúsculos terroristas.

En esta perspectiva, la investigación se concentra sobre las formas de producción y de estabilización, de transformación y de reivindicación de identidades personales y colectivas. Este trabajo identitario (identity work) se pliega a las restricciones gramaticales que rigen la definición de los problemas públicos y la confección de causas públicas (Schwalbe y Mason-Schrock, 1996). Conduce a la fabricación de personajes dramáticos y de las historias en las cuales son a la vez agentes y pacientes. Este trabajo identitario es igualmente indisociable de los servicios rendidos e intercambios logrados, se apoya en afinidades maduras de larga duración y en relaciones de interconocimiento, e implica redes de promesas y juramentos. El trabajo identitario es inherente a los procesos de transacción y de compromiso entre actores que forman una arena pública y son comprometidos en un proceso de identificación mutua, de montaje de apariencias para los públicos y de atribución de tratos de reconocimiento. Es aquí que se temporaliza el conjunto de preguntas: “¿Quiénes somos?” “¿Qué queremos?”, “¿Quiénes son nuestros aliados?”, “¿Quiénes son nuestros adversarios?”, “¿Cuáles son nuestros objetivos intermedios?”, “¿Cuáles son nuestras estrategias y tácticas?”, “¿Por qué y para qué actuamos?”, “¿Con qué medios y de qué manera vamos a actuar?”. El enmarcamiento de un Nosotros, de un Ustedes, de un Ellos, en la constelación de una geometría variable de simpatías, alianzas y compromisos que sostienen un movimiento o una organización, es inherente a las operaciones de diagnóstico y pronóstico, de racionalización y legitimación. Recurrir a esquemas psicológicos y estratégicos para dar cuenta de enmarcamientos identitarios hace perder la dimensión pública y dramática.

Snow, Zurcher y Peters (1981), Benford y Hunt (1992), que no pierden de vista la teatralidad de la acción colectiva, tienden a precipitar el análisis de marcos en el sentido de un análisis estratégico, percibido a través de los anteojos de la psicología social. Esta regresión desdibuja la publicidad, la exterioridad y la objetividad de los procesos de enmarcamiento. Los operadores de identificación de un colectivo -su nombre, sus logros y eslogan, los voceros que hablan en su nombre, las intrigas de las memorias colectivas de los militantes, eventualmente

su estilo de vestimenta y de peinado- son tantos como los elementos del drama público. Las identidades de los actores colectivos son los atributos de sujetos activos o pasivos, que ocupan un lugar en los dispositivos retóricos y narrativos en las figuras que emergen en las historias relatadas.

El mundo social es una escena pública. Los actores arriesgan golpes tácticos y montan planes estratégicos, plegándose a reglas de juego comparables a aquellas de la representación teatral. Benford y Hunt (1992) describieron algunas operaciones necesarias para realizar una acción colectiva: elaborar un argumento (scripting), poner en escena, (staging), actuar la obra (performing) e interpretarla (interpreting). Antes, es necesario describir la decoración, disponer de equipos, elegir una distribución y narrar una historia. La definición de roles configura personajes dramáticos (*dramatis personae*). Las categorizaciones los hacen aparecer loables o maléficos, aliados o enemigos, víctimas o culpables, heroicos o demoníacos. Este casting no es una operación secundaria: dibuja un mapa del espacio de las acciones posibles y anticipables y expone las injusticias sufridas y apela a la reparación de errores, designando en todo los responsables a perseguir y provocando la réplica del auditorio. Sin esta dramatización, el lanzamiento de la movilización colectiva es improbable. Así, la apuesta en escena y la introducción del asunto en un relato designan a las víctimas que deben ser salvadas o protegidas (Best, 1998; Jenness, 1995; White, 1999) y que serán los beneficiarios de eventuales reparaciones -niños, perjudicados, desabrigados, mujeres, minoridad-. Los activistas se sitúan en voceros, oráculos y abogados de poblaciones siniestradas, generaciones futuras, menores humillados o la mayoría silenciosa (Hunt, Benford y Snow, 1994). Denuncian al “gran capital”, las “elites tecnocráticas”, los “grupos de interés multinacionales”, los “racistas” y los “fascistas”, los “patrones”, y más generalmente, los culpables y sus cómplices. Construyen chivos expiatorios, los señalan a la vindicta popular. Algunos de los activistas, sobre todo si son fundadores de la organización, convierten los chivos expiatorios en “símbolos vivos”, dándoles cuerpo, visión y voz. Se dirigen a públicos de espectadores o auditorios invitándolos a salir de su neutralidad, indignarse y rebelarse. Buscan hacer entrar en escena actores privilegiados, jóvenes, patriotas, inmigrantes, cristianos, intelectuales, periodistas, políticos o sindicalistas.

El enmarcamiento de los mensajes es indisociable de los auditorios, este puede ser orientado muy claramente hacia una población unida a un territorio, una historia o una

ideología; pero a veces el enmarcamiento debe mantenerse impreciso para evitar que el auditorio tome demasiado partido, es decir dejando un margen de maniobra en el direccionamiento de los mensajes. Los públicos jamás pueden ser totalmente discriminados, y será conveniente evitar las distorsiones debidas a las superposiciones de mensajes incompatibles o contradictorios. El enmarcamiento no puede limitarse a una descripción serializada de casos particulares, bajo la pena de ser sospechada de localismos o corporativismo. La gramática de la arena pública requiere la inscripción de los problemas sociales bajo el signo del interés general, del bien común o de la utilidad pública. Entonces, los problemas son convertidos en problemas públicos, recurriendo a repertorios retóricos y dramáticos constitutivos de la “cultura de los problemas públicos” (Gusfield, 1981). Benford y Hunt toman el punto de vista del emprendedor o madrugador en causas públicas. Más allá de los problemas de la gestión de los recursos materiales, el madrugador debe desplegar “estrategias de manipulación de símbolos” (Zurcher, 1985), actuar sobre la tésitura de los climas emocionales y sentimientos éticos, lograr u obtener acciones simbólicas buscando efectos preformativos (Burke, 1966). Asimismo, debe delimitar aquello que es “políticamente correcto”, incitar y atraer a los auditorios, diferenciar las performances según la variedad de expectativas del público, demarcar la frontera entre el proscenio y el segundo plano, las tribunas y los coliseos, tirar las cuerdas de la atención y el relajamiento, de la indignación y el entusiasmo, de lo cómico y lo trágico. Al momento de pasar al acto (performing), los protagonistas deben ser quienes testimonien sus cualidades dramáticas, que son la lealtad a un equipo, la disciplina y la circunspección (Goffman, 1963). Los manifestantes producen un “efecto de masas” presentándose en la calle y dando cuerpo al icono del pueblo ocupando el espacio público; los campesinos montan sus acciones de guerrilla urbana contra las prefecturas y utilizan mesuradamente la violencia como recurso estratégico; los militantes contra el aborto o aquellos del “act up” se han convertido en expertos para expresar su furia frente a las cámaras; las feministas enviaron testículos de puerco a un juez de Ohio que declaró inocente al violador de una pequeña niña (Taylor y Whittier, 1995). Como en el teatro, la calidad de una performance no es tanto el contenido cognitivo de su mensaje sino la habilidad de la puesta en escena y la capacidad de acceder a las emociones del espectador. En fin, el momento de la interpretación para el auditorio es crucial tanto que toda la maquinaria teatral tiene como finalidad engendrar procesos de

reenmarcamiento hacia los miembros del público, de movilización a favor de una causa y de reclutamiento en la organización que se construyó como vocera. Este momento tiene efectos retroactivos: los actores modifican su relato y puesta en escena, eligen nuevos auditorios a conquistar, y toman en cuenta la devolución que captan luego de efectuar sus acciones. Especialmente, en función del tipo de recepción que tiene reservado donde el éxito de un mitin o de una manifestación, la cobertura por los medios masivos, los sondeos de opinión de institutos especializados y la toma de decisión de los poderes públicos son también testimonios. Sin dudas, este momento de recepción es el más difícil de alcanzar empíricamente por los dispositivos de investigación (Cardon y Heurtin, 1999). Sin embargo sin aquel, recurrir a un paradigma dramaturgico y retórico pierde mucho de su interés.

Repertorios de marcos, vocabularios de motivos: gramática de la vida pública

¿Es posible sustraer el análisis de marcos al “mentalismo” o al “representacionismo”? ¿Cómo formular las restricciones semánticas que pesan en la conformación de motivos, la organización de experiencias y la justificación de acciones y que impiden reducir la cultura pública a un utensilio o a un parámetro dentro de los cálculos estratégicos? ¿Cómo reunir a la herencia naturalista y pragmatista de Mead o de Dewey, en la aproximación al vocabulario de motivos de Mills o a la dramaturgica y retórica de Burke? Una solución consiste en modelar la noción de acción colectiva en conexión con aquella de las gramáticas de la vida pública, y en proponer un concepto de arena pública distinto de aquel de campo o de mercado de la protesta¹³.

En una línea pragmatista ya no se investiga las “representaciones mentales”, que desfilarían con espíritu de actores y sostendrían su convicción íntima de procedimientos de organización de la experiencia y la actividad de descripción, interpretación, explicación y argumentación disponible al público. Las motivaciones ya no son más los “móviles psicosociológicos”, recursos psíquicos imputados a los sujetos en la constitución de su Ser, ni a modelos abstractos de actitudes, opiniones y valores construidos por observadores. Nosotros estamos más allá de la oposición entre sentido subjetivo y el sentido objetivo donde se ha

encerrado la sociología interpretativa¹⁴. La explicación y la interpretación de la acción están regidas por una gramática que trata de elucidar. Aquella conduce modos públicos de elaboración de causas, de imputación de motivos, de formulaciones de denuncias, de evaluación de daños, de atribución de responsabilidades, de localización de intereses, de denominación de colectivos. La identificación de causas y motivos está reglamentada por restricciones semánticas que pesan sobre el proceso de publicidad de las acciones colectivas. Según Ricoeur (1977; 1983) rendir cuenta de estas requiere desnudar los procedimientos de construcción de intriga que se apoyan sobre una red conceptual que permite responder a las preguntas “¿Quién?”, “¿qué?”, “¿por qué?”, “¿cómo?”, “¿con quién?”, “¿contra quien?”, “¿cuándo?”, “¿dónde?”.

De parte de la trama narrativa, se trata de develar los procedimientos de enmarcamiento realizados por actores para comprender en la práctica aquello que está por pasar en una situación. En este proceso aquellos que se erigen como voceros, comentaristas o críticos, son quienes activan el teatro de la acción colectiva y tienen un lugar privilegiado - aún cuando no se trata de oponer a los madrugadores activos contra auditorios pasivos-. Los activistas organizan el campo de la experiencia y el horizonte de expectativas de los protagonistas y antagonistas, de los militantes y los públicos, asignándoles un lugar y un rol. Narran los eventos que les ocurren y las performances que llevan a cabo, inscribiéndolos en diagnósticos y pronósticos. Proponen esquemas interpretativos y motivacionales por medio de los cuales se puede racionalizar y justificar el compromiso con una acción colectiva. De repente, los activistas, voceros, se involucran en un proceso de comunicación pública donde se expone el trabajo de autoidentificación, de autoorganización y de autolegitimación.

Estos procedimientos permiten a los actores sentir sobre su terreno de experiencia y de intervención y, confrontados a las singularidades y contingencias de una configuración de objetos y personas, aplicar las reglas de la correcta crítica o controversia y encontrar los modos apropiados de presentación de las finalidades de su colectivo. La invocación de causas y

¹³ Tal dimensión política del público fue presentada en las investigaciones iniciales de Park (Park y Burgess, 1921), quien fue el primero en tematizar el comportamiento colectivo. Aquella dimensión ha sido olvidada por los estudios actuales.

¹⁴ Esta relectura sociológica de la noción de motivo y de intención fue dirigida en Francia por Quéré, Pharo y otros, en las Formas de la Acción (1990) o por Petit (1991). Ver también el artículo de síntesis sobre Mills (Trom, 1999).

motivos para volver inteligible y aceptable una acción colectiva articula el sentido retrospectivo y prospectivo. Los procedimientos de enmarcamiento son parte indisociable del trabajo de configuración y alineamiento de la acción colectiva. Dichos procedimientos están anclados en circunstancias que los actores encuentran y comprenden enmarcándolas y realizan un proceso de “globalización retórica” (Billig, 1987; 1991; Jasper, 1990; 1992; 1995 y 1999) metiendo un caso particular en una perspectiva de generalización. Para parafrasear a Garfinkel y Geertz, los actores ya no son más “idiotas culturales”, “idiotas políticos”: están dotados de competencia. Estas disposiciones no son tomadas en una dialéctica de interiorización y exteriorización: son capacidades de producir acciones prácticas y formular enunciados lingüísticos coherentes y pertinentes, y sobre el fundamento de restricciones de publicidad, de improvisar, de orientarse e intervenir en los asuntos públicos. Estas restricciones no son optativas para los actores, sino impuestas. Los actores se someten a ellas bajo el modo de proyecto o de creencia, voluntaria o involuntariamente, en una suerte de orden de sentido por fuera del cual aquello que dicen o hacen no será comprendido. Los actores introducen palabras sobre su experiencia de humillación, injusticia y revuelta; moderan la recepción de su mensaje para audiencias social y étnicamente variables (Mc Adam, 1988); recuperan repertorios disponibles de moral, teología y política; sobre este trasfondo común y público inventan un nuevo lenguaje militante. Esto da cuenta del potencial de convicción, de alianza y compromiso del discurso por ejemplo de Martin Luther King: su virtuosidad retórica y su carga emocional no revelan el cálculo de eficacia estratégica, que no fueron inspirados a los auditorios por los misterios de la gracia divina o ajustados por la “analogía estructural” de las disposiciones del orador (Jaswin, 1999; Polletta, 1999).

Actualmente estamos lejos de las teorías de G. y K. Lang (1961), de Kornhauser (1959) o Smelser (1963) sobre las explosiones debidas a la frustración o a la privación de personas y sobre las crisis de desajuste o disfunción de la organización social; lejos también de las teorías neomarxistas sobre los informes de explotación y dominación y sobre la formación de intereses sociales que conducen, como causas objetivas, las revueltas subjetivas (Hindess, 1986). Los argumentos del tipo “resolución de tensiones” o “expresión de intereses” son modos de atribución de causas y razones relevantes para una semántica de la acción más que

para un “análisis de los factores objetivos”. Igualmente, los argumentos del tipo “Nimby”¹⁵ son analizables como marcos destinados a arrojar la sospecha o el descrédito sobre un adversario, rebajado a la defensa de sus intereses privados por un enunciador que reivindica para sí las virtudes del interés general (Gordon y Jasper, 1996; Trom, 1999). En otro registro estamos lejos de las teorías de Movilización de Recursos (Obershall, 1973; 1993; Zald y Mc Carthy, 1987) focalizadas sobre los capitales materiales y simbólicos y sobre las estrategias organizacionales e ideológicas comprometidas para producir una acción colectiva. En efecto, capitales y estrategias son indisociables de la “praxis cognitiva” que los inserta en un proyecto de sentido: co-emergen en el proceso mismo de definición y de domino colectivo de los problemas públicos. Desde nuestra perspectiva, la pregunta debe ser desplazada desde el “por qué” causalista y el “cómo” utilitarista -esto no invalida su pertinencia para los actores y para los observadores pero los pone en perspectiva- hacia el proceso de enmarcamiento que hace aparecer públicamente el “por qué” y el “cómo” de la acción colectiva.

En el lugar de los valores, actitudes y opiniones -la parafernalia conceptual de los politólogos- y en el lugar de la representación y creencias ideológicas -el arsenal de la teoría crítica- tenemos las configuraciones públicas del discurso y de prácticas que introducen al orden público¹⁶ en la escena y en el relato. Las operaciones de enmarcamiento se conforman en las gramáticas de la vida pública, suficientemente flexibles para admitir toda suerte de acomodamientos a circunstancias cambiantes. Son las maneras de “ver como...” y de “hacer como...”, maneras de señalar y resolver problemas, explicitar motivos o atribuir responsabilidades. Aquellas operaciones restringen la apariencia racional y razonable de las acciones situadas y provoca que sean percibidas como cognitivamente inteligibles y normativamente justas. Este desplazamiento señala el abandono de una concepción mentalista o representacionista del lenguaje de la acción colectiva (Winch, 1958; Taylor, 1985; Quéré, 1990). El investigador no busca más desentrañar intenciones escondidas, motivaciones íntimas, creencias privadas, visiones subjetivas en el fuero interior de los sectores. Estas

¹⁵ N. d. T. En el original “Not In My Backyard”. La traducción al español es “No en mi patio trasero”.

¹⁶ Los procedimientos de enmarcamiento no son los sistemas de categorización y clasificación con fuerza coercitiva de los durkheimianos ni las estructuras mentales de la psicología política conceptualizadas por Lasswell, Parsons o Almond y Verba. Ya no son más reductibles a agregados estadísticos, como es el caso de los sondeos de actitud y opinión. Los procedimientos de enmarcamiento desbordan su estatuto de medios de imposición o resistencia a una violencia simbólica, tal como lo entiende la sociología crítica.

figuras no preceden a la acción como su “fuerza motriz” o su “causa espiritual”: tienen el estatus de declaraciones de intención, anunciadas públicamente antes del desarrollo de la acción, o de asunción de intención reivindicados públicamente luego del desarrollo de la acción. Los procedimientos de enmarcamiento, observados sobre el terreno, o restituidos por conversación, no denotan más estado de conciencia que estados de hecho. Estas son maneras de “rendir cuenta” y de “rendir las cuentas” (account) a los públicos (Garfinkel, 1967; Scott y Lyman, 1968); estas son también maneras de producir lo colectivo, de formular causas públicas y de activar problemas públicos. Dichos procesos profundizan los alineamientos de actores entre ellos y con sus organizaciones en oposición a sus adversarios, pero introduciendo estas interacciones estratégicas en conformidad con las gramáticas de la vida pública.

Las prácticas de recepción (Rezeption) y de aplicación (Anwendung), en un sentido hermenéutico, para públicos de auditorios militantes (rank and file) o reclutas potenciales pueden ser repensadas en esta perspectiva. Hoy el interés se desarrolla por los efectos de los movimientos sociales. ¿How social movements matter? (Giugni, Mc Adam y Tilly, 1999). Más allá del análisis de conversaciones con líderes activistas o documentos producidos por las OMS, son las transformaciones de las formas de la experiencia privada y pública o de las dimensiones del mundo de la vida cotidiana las que son tomadas en cuenta (Melucci, 1989; 1996a; 1996b; Aronowitz, 1992; Giugni, 1998). La manufactura de las causas públicas y la movilización de actores colectivos tienen consecuencias pragmáticas sobre la emergencia, estabilización o implosión de las arenas públicas. Estas consecuencias conducen a la invención de nuevas identidades, prácticas y representaciones colectivas y a la transformación de relaciones de poder y dominación, de estigmatización y discriminación. Este doble proceso permite identificar las consecuencias indeseables de un evento, de una decisión o de una acción por una colectividad (Dewey, 1927), inscribiéndolos en un horizonte de diagnóstico y pronóstico, de justificación y denuncia, de reivindicación y de protesta; describe paisajes de referencias interpretativas y prácticas donde los actores van a situarse y orientarse recordar y proyectarse. Además, provoca reajustes en las relaciones entre OMS, partidos y sindicatos, agencias administrativas y poderes ejecutivo, legislativo y judicial. También da forma a las configuraciones de grupos de referencia y pertenencia, de redes de sociabilidad, y medios de interconocimiento; hace emerger voceros, representantes y mediadores de intereses, productores y receptores de opinión.

Más que postular inicialmente que “personal is political”, es mejor comprender como las fronteras de lo personal y de lo político, de lo privado y lo público, de lo subjetivo y lo intersubjetivo, de lo individual y lo colectivo, se desplazan gradualmente al enmarcamiento de los problemas públicos y de las acciones colectivas. Por medio de las pruebas de las formas de relación con el prójimo (de las más íntimas a las más impersonales) y de las formas de relacionarse consigo mismo (como actor público o privado) los modos de subjetivación son correlativos a una dinámica del manejo de categorías, de atribución de motivos y de comprensión de causas, de imputación de responsabilidades y de percepción de injusticias, defensa de opiniones y promoción de intereses. Esta experiencia del mundo, de sí mismo y del otro está formateada por las gramáticas de la vida pública. Inversamente, la emergencia de causas públicas tiene siempre un anclaje en las experiencias vividas. Los compromisos pueden sostenerse sobre objetos, territorios o colectivos distantes, pero la gestión de información disponible, la articulación de argumentos, y la formulación de motivos también se apoyan sobre datos de experiencia personal, sobre reservas de saberes locales y sobre redes de relaciones cercanas. La defensa de causas públicas debe ser ilustrada por testimonios de orden personal. La defensa de consumidores, la promoción de estilos de vida alternativos, la crítica a la explotación de mujeres en la esfera doméstica y en el trabajo y la denuncia de la estigmatización a las minorías sexuales han contribuido a politizar algunas dimensiones de la vida privada y a exponer sobre el escenario mediático aquello que antes pertenecía a la intimidad.

Conclusión

El análisis de marcos permitió avanzar de un paso las investigaciones sobre la acción colectiva en los años ochenta. Al poner el acento sobre la dimensión cultural de las estrategias de organización y reivindicación de los movimientos sociales y al renovar el estudio de las culturas públicas, el análisis de marco descubrió un punto ciego de las teorías de la Movilización de Recursos y de los Procesos Políticos. No obstante, este análisis avanzó tomando distancia de la inspiración inicial de Goffman, al precio de una doble reducción. Clausuró el proceso de configuración de causas públicas y de identidades colectivas sobre la prioridad de acciones estratégicas y trató de aprehender ese proceso dentro de los términos de

la psicología social. Comprometió todo en una exploración de formas retóricas y dramáticas, de vocabularios de motivos y de repertorios de marcos. Ignoró la dimensión política que está en juego en la puesta de representación. A la postre, terminaría sumando más si tomara en cuenta las gramáticas de la vida pública a las cuales las denuncias, las reivindicaciones y las justificaciones de los actores se conforman para darle sentido. En efecto, el testimonio de los ciudadanos, el alegato de los abogados de una organización, la investigación realizada por expertos, el trabajo de información de los medios o el debate entre representantes políticos no son simples acciones estratégicas sobre un mercado de bienes políticos. Estos abren mundos de principios y valores, donde están en juego diferentes formas de realidad, de derecho y de justicia, en el cual los actores cooperan o se enfrentan, pero a los que apuntan como ciudades donde desearían vivir. Y toman lugares sobre escenas públicas, regidas por dispositivos de acción y de políticas públicas, articulados por reglas jurídicas y judiciales, cubiertas por actividades mediáticas. Igualmente, las actividades discursivas de los movimientos de acción colectiva apuntan a efectos estratégicos, como “hacer presión sobre el legislador”, “sellar alianzas” o “concernir e influenciar a la opinión”. Pero tienen también una tarea expresiva o simbólica. Contribuyen a la implementación de una publicidad cívica y política, indexada sobre gramáticas de la vida pública cuya trasgresión vuelve sensible; trabajan para la transformación de formas de experiencia de actores y para la configuración de sus mundos privados y públicos. Así, el análisis de los marcos debería ser indisoluble de una sociología de las arenas públicas.

Bibliographie

Adorno T., Frenkel-Brunswick E., Levinson D. J. & Sanford R. N.

1950 *The Authoritarian Personality*, New York, Harper.

Agulhon M.

1968 *Pénitents et francs-maçons de l'ancienne Provence. Essai sur la sociabilité méridionale*, Paris, Fayard.

1970 *Une ville ouvrière au temps du socialisme utopique. Toulon de 1815 à 1851*, Paris-La Haye, Mouton.

Alinsky S. D.

1971 *Rules for Radicals : A Practical Primer for Realistic Radicals*, New York, Vintage Books.

Almond G. & Verba S.

1963 *The Civic Culture : Political Attitudes and Democracy in Five Nations*, Princeton, Princeton University Press.

Arendt H.

1972 *Du mensonge à la violence. Essais de politique contemporaine*, Paris, Calmann-Lévy.

- Aronowitz S.
1992 *The Politics of Identity : Class, Culture, Social Movements*, New York, Routledge.
- Austin J. L.
1971 *Le langage de la perception*, Paris, Armand Colin.
- Babb S.
1996 « A true American system of finance : frame resonance in the U.S. Labor Movement 1866-1886 », *American Sociological Review*, 61, p. 1033-1052.
- Balch R. W. & Taylor D.
1979 « Seekers and saucers : the role of the cultic milieu in joining a UFO cult », in J. Richardson (ed.), *Conversion Careers*, Beverly Hills, Sage, p. 43-65.
- Bateson G.
1977 « Une théorie du jeu et du fantasme », in Id., *Vers une écologie de l'esprit*, Paris, Seuil, vol. 1, p. 209-224.
- Benford R.
1993a « Frames disputes within the nuclear disarmament movement », *Social Forces*, 71, p. 667-701.
1993b « You could be the hundredth monkey : collective action frames and vocabularies of motive within the nuclear disarmament movement », *Sociological Quarterly*, 34, p. 195-216.
1997 « An insider's critique of the social movement framing perspective », *Sociological Inquiry*, 67, p. 409-430.
- Benford R. D. & Hunt S. A.
1992 « Dramaturgy and social movements : the social construction and communication of power », *Sociological Inquiry*, 62 (1), p. 36-55.
- Benford R. D. & Snow D. A.
2000 « Framing processes and social movements : an overview and assessment », *Annual Review of Sociology*, 26, p. 611-639.
- Berbrier M.
1998 « Half the battle : cultural resonance, framing processes, and ethnic affectations in contemporary white separatist rhetoric », *Social Problems*, 45, p. 431-450.
- Bernstein M. & Jasper J. M.
1998 « Les tireurs d'alarme dans les conflits sur les risques technologiques », *Politix*, 44, p. 109-134.
- Best J.
1998 « Rhetoric in claims-making : constructing the missing children problem », *Social Problems*, 45, p. 431-450.
- Billig M.
1987 *Arguing and Thinking : A Rhetorical Approach to Social Psychology*, Cambridge, Cambridge University Press.
1991 *Ideology and Opinions : Studies in Rhetorical Psychology*, Londres, Sage.
- Blanchard D. A.
1994 *The Anti-Abortion Movement and the Rise of Religious Right : From Polite to Fiery Protest*, New York, Twayne Publishers.
- Blumer H.
1946 « Collected behavior », in A. M. Lee (ed.), *New Outline of the Principles of Sociology*, New York, Barnes & Noble, p. 167-222.
- Blum-Kulka S. & Liebes T.
1993 « Frame ambiguities : Intifada narrativization of the experience by Israeli soldiers », in A. A. Cohen & G. Wolsfeld (eds), *Framing the Intifada, People and Media*, Norwood, Ablex, p. 27-52.
- Boltanski L. & Thévenot L.

- 1991 De la justification. Les économies de la grandeur, Paris, Gallimard.
- Burke K.
1966 Language as Symbolic Action : Essays on Life, Literature, and Method, Berkeley, University of California Press.
- 1989 On Symbols and Society, introduction de J. R. Gusfield, Chicago, University of Chicago Press.
- Calhoun C.
1991 « The problem of identity in collective action », in J. Huber (ed.), Macro-Micro Linkages in Sociology, Londres, Sage.
- 1994 Neither Gods Nor Emperors : Students and the Struggle for Democracy in China, Berkeley, University of California Press.
- Çapek S. M.
1993 « The environmental justice frame : a conceptual discussion and application », Social Problems, 40, p. 5-24.
- Cardon D. & Heurtin J.-P.
1999 « La critique en régime d'impuissance. Une lecture des indignations des auditeurs de France Inter », in B. François & E. Neveu (eds), Espaces publics mosaïques. Acteurs, arènes et rhétoriques des débats publics contemporains, Rennes, Presses universitaires de Rennes, p. 85-119.
- Cardon D., Heurtin J.-P., Pharabod A.-S. & Rozier S.
1998 « Mais qui fait bouger le compteur du Téléthon ? Une construction télévisuelle de la solidarité », Sciences sociales et santé, 16, 3, p. 17-40.
- Cefaï D. (ed.)
2001 Cultures politiques, Paris, PUF.
- Certeau M. de
1980 *L'invention du quotidien. Arts de faire*, Paris, UGE 10/18.
- Chateauraynaud F. & Torny D.
1999 *Les sombres précurseurs. Une sociologie pragmatique de l'alerte et du risque*, Paris, Éd. de l'EHESS.
- Clemens E. S.
1996 « Organizational form as frame : collective identity and political strategy in the American labor movement, 1880-1920 », in D. McAdam, J. McCarthy & M. Zald (eds), Comparative Perspectives on Social Movements : Political Opportunities, Mobilizing Structures, and Cultural Framings, Cambridge, Cambridge University Press, p. 205-226.
- Cohen A. A. & Wolsfeld G. (eds)
1993 Framing the Intifada : People and Media, Norwood, Ablex Publishing.
- Cohen J.
1985 « Strategy or identity : new theoretical paradigms and contemporary social movements », Social Research, 52 (4), p. 663-716.
- D'Anjou L. & Van Male J.
1998 « Between old and new : social movements and cultural change », Mobilization, 3, p. 207-226.
- Danto A.
1985 Narration and Knowledge (including Analytical Philosophy of History, 1965), New York, Columbia University Press.
- Darwin C.
1965 The Expression of the Emotions in Man and Animals, Chicago, University of Chicago Press [1872].
- Davies S.

- 1999 « From moral duties to cultural rights : a case study of political framing in education », *Sociology of Education*, 72, p. 1-21.
- Davis F.
1992 *Fashion, Culture, and Identity*, Chicago, University of Chicago Press.
- Deloye Y., Haroche C. & Ihl O.
1996 *Le protocole. La mise en forme de l'ordre politique*, Paris, L'Harmattan.
- Dewey J.
1967 *Logique. Théorie de l'enquête*, Paris, PUF [1937].
- Diani M.
1996 « Linking mobilization frames and political opportunities : insights from regional populism in Italy », *American Sociological Review*, 61, p. 1053-1069.
- Donati P. R.
1992 « Political discourse analysis », in M. Diani & R. Eyerman (eds), *Studying Collective Action*, Londres, Newbury Park, Sage, p. 136-167.
- Edelman M.
1988 *Constructing the Political Spectacle*, Chicago, University of Chicago Press [trad. fr. *Pièces et règles du jeu politique*, Paris, Seuil, 1991].
- Ellingson S.
1995 « Understanding the dialectic of discourse and collective action : public debate and rioting in antebellum Cincinnati », *American Journal of Sociology*, 101, p. 101-144.
- Entman R. M. & Rojecki A.
1993 « Freezing out the public : elite and media framing of the U.S. anti-nuclear movement », *Political Community*, 10, p. 155-173.
- Evans P. B., Rueschemeyer D. & Skocpol T. (eds)
1985 *Bringing the State Back In*, Cambridge, Cambridge University Press
- Evans S.
1979 *Personal Politics : The Roots of Women's Liberation in the Civil Rights Movements and the New Left*, New York, Alfred A. Knopf.
- Eyerman R. & Jamison A.
1991 *Social Movements : A Cognitive Approach*, University Park, Pennsylvania State University Press.
- Fantasia R.
1988 *Cultures of Solidarity : Consciousness, Action, and Contemporary American Workers*, Berkeley, University of California Press.
- Ferree M. M. & Miller F. D.
1986 « Mobilization and meaning : toward an integration of social psychological and resource perspectives on social movements », *Sociological Inquiry*, 55 (1), p. 38-61.
- Fillieule O. (ed.)
1993 *Sociologie de la protestation*, Paris, L'Harmattan.
- Fisher K.
1997 « Locating frames in the discursive universe », *Sociological Research Online*, 2 (3), <www.socresonline.org.uk/2/3/4.html>.
- Franzosi R.
1998 « Narrative analysis – or why (and how) sociologists should be interested in narrative », *Annual Review of Sociology*, 24, p. 517-554.
- Friedland R. & Alford R. R.
1991 « Bringing society back in : symbols, practices and institutional contradictions », in W. W. Powell & P. Di Maggio (eds), *The New Institutionalism in Organizational Analysis*, Chicago, University of Chicago Press, p. 232-263.

- Gamson W. A.
 1975 « Review symposium on Frame Analysis : an essay on the organization of experience », *Contemporary Sociology*, 4, p. 603-607.
 1976 *The Strategy of Social Protest*, Homewood, Dorsey Press.
 1988 « Political discourse and collective action », *International Social Movement Research*, 1, p. 219-244.
 1992a « The social psychology of collective action », in A. D. Morris & C. McClurg Mueller (eds), *Frontiers in Social Movement Theory*, New Haven, Yale University Press, p. 53-76.
 1992b *Talking Politics*, New York, Cambridge University Press.
 1996 « Safe spaces and social movements », *Perspectives on Social Problems*, 8, p. 27-38.
- Gamson W. A., Fireman B. & Rytina S.
 1982 *Encounters with Unjust Authority*, Homewood, Dorsey Press.
- Gamson W. A. & Meyer D. S.
 1996 « Framing political opportunity », in D. McAdam, J. McCarthy & M. Zald (eds), *Comparative Perspectives on Social Movements*, New York, Cambridge University Press.
- Gamson W. A. & Modigliani A.
 1989 « Media discourse and public opinion on nuclear power : a constructionist approach », *American Journal of Sociology*, 95, p. 1-37.
- Gamson W. A. & Wolfsfeld G.
 1993 « Movements and media as interacting systems », *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 528, p. 114-125.
- Garfinkel H.
 1967 *Studies on Ethnomethodology*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall.
- Gaxie D.
 1977 « Économie des partis et rétributions du militantisme », *Revue française de Science politique*, 27 (1), p. 123-154.
- Geertz C.
 1973 *The Interpretation of Cultures*, New York, Basic Books.
 1983 *Local Knowledge*, New York, Basic Books.
- Gitlin T.
 1977 « Spotlights and shadows : television and the culture of politics », *College English*, 38, p. 789-801.
 1980 *The Whole World is Watching : Mass Media in the Making and Unmaking of the New Left*, Berkeley-Los Angeles, University of California Press.
- Giugni M.
 1998 « Was it worth the effort ? The outcomes and consequences of social movements », *Annual Review of Sociology*, 24, p. 371-393.
- Giugni M., McAdam D. & Tilly C. (eds)
 1999 *How Social Movements Matter*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Glaser B. & Strauss A.
 1964 « Awareness contexts and social interaction », *American Sociological Review*, 29, p. 669-679.
- Goffman E.
 1959 *The Presentation of Self in Everyday Life*, New York, Doubleday Anchor.
 1963 *Behavior in Public Places : Notes on the Social Organization of Gatherings*, New York, Free Press of Glencoe.
 1969 *Strategic Interaction*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.
 1974 *Frame Analysis : An Essay on the Organization of Experience*, New York, Harper [trad. fr. I. Joseph, *Les cadres de l'expérience*, Paris, Minit, 1991].

1981 *Forms of Talk*, Philadelphie, University of Pennsylvania Press.

Goodwin J. & Jasper J. M.
 1999 « Caught in a winding, snarling vine : the structural bias of political process theory », *Sociological Forum*, 14, 1, p. 27-54.

Goodwin J., Jasper J. M. & Polletta F. A. (eds)
 2001 *Passionate Politics : Emotions and Social Movements*, Chicago, University of Chicago Press.

Gordon C. & Jasper J. M.
 1996 « Overcoming the Nimby label : rhetorical and organizational links for local protestors », *Research in Social Movements, Conflicts, and Change*, 19, p. 159-181.

Gould R.
 1991 « Multiple networks and mobilization in the Paris Commune 1871 », *American Sociological Review*, 56, p. 716-729.

1995 *Insurgent Identities : Class, Community, and Protest in Paris from 1848 to the Commune*, Chicago, University of Chicago Press.

Griffin L. J.
 1992 « Temporality, events, and explanation in historical sociology », *Sociological Methods & Research*, 20, p. 403-427.

Griffin R.
 1992 « Political opportunity, resource mobilization, and social movements : the case of South Texas farm workers », *Social Science Journal*, 29, p. 129-152.

Gurwitsch A.
 1958 *Théorie du champ de la conscience*, Paris, Desclée de Brouwer.

Gusfield J.
 1963 *Symbolic Crusade*, Urbana, University of Illinois Press.

1981 *The Culture of Public Problems : Drinking-Driving and the Symbolic Order*, Chicago, University of Chicago Press.

Habermas J.
 1997 *Droit et morale*, Paris, Seuil.

Haines H. H.
 1996 *Against Capital Punishment : The Anti-Death Penalty Movement in America 1972-1994*, New York, Oxford University Press.

Hannerz U.
 1969 *Soulside : Inquiries into Ghetto Culture and Community*, New York, Columbia University Press.

1992 *Cultural Complexity : Studies in the Social Organization of Meaning*, New York, Columbia University Press.

Hindess B.
 1986 « Interests in political analysis », in J. Law (ed.), *Power, Action, and Belief : A New Sociology of Knowledge?*, Londres, Routledge & Kegan Paul, p. 112-131.

Hirschman A.
 1980 *Les passions et les intérêts*, Paris, PUF.

1991 *Deux siècles de rhétorique réactionnaire*, Paris, Fayard.

1995 *Défection, prise de parole et loyauté*, Paris, Fayard.

Huard R.
 1996 *La naissance du parti politique en France*, Paris, Presses de la Fondation nationale de sciences politiques.

Hunt S. A. & Benford R. D.

- 1992 « Identity talk in the peace and justice movement », *Journal of Contemporary Ethnography*, 22 (4), p. 488-517.
- Hunt S. A., Benford R. & Snow D.
1994 « Identity fields : framing processes and the social construction of movement identities », in E. Laraña, H. Johnston & J. Gusfield (eds), *New Social Movements : From Ideology to Identity*, Philadelphia, Temple University Press, p. 185-208.
- James W.
1890 *The Principles of Psychology*, New York, H. Holt, vol. 2, chap. XXI.
- Jasper J. M.
1990 *Nuclear Politics : Energy and the State in the United States, Sweden, and France*, Princeton, Princeton University Press.
1992 « Three nuclear energy controversies », in D. Nelkin (ed.), *Controversy : Politics in Technical Decisions*, Newbury Park, Sage.
1997 *The Art of Moral Protest : Culture, Biography, and Creativity in Social Movements*, Chicago, University of Chicago Press.
- 1999 « Nostalgie : Verdammung der Gegenwart, Kontrolle der Zukunft », *Lettre internationale*, 47, p. 74-81.
- Jasper J. M. & Poulsen J.
1995 « Recruiting strangers and friends : moral shocks and social networks in animal rights and anti-nuclear protests », *Social Problems*, 42 (4), p. 493-512.
- Jaswin
1999 « Trouble in paradigms », *Sociological Forum*, 14 (1), p. 107-125.
- Jenness V.
1995 « Social movements growth, domain expansion, and framing processes : the gay/lesbian movement and violence against gays and lesbians as a social problem », *Social Problems*, 42, p. 145-170.
- Johnson V.
1997 « Operation rescue, vocabularies of motive, and tactical action : a study of movement framing in the practice of quasi-nonviolence », *Research in Social Movements, Conflict and Chance*, 20, p. 103-149.
- Johnston H.
1995 « A methodology for frame analysis : from discourse to cognitive schema », in H. Johnston & B. Klandermans (eds), *Social Movements and Culture*, Minneapolis, University of Minnesota Press, p. 217-246.
- Kertzer D. I.
1988 *Ritual, Politics, and Power*, New Haven, Yale University Press.
- Klandermans B.
1984 « Mobilization and participation : social-psychological expansions of resource mobilization theory », *American Sociological Review*, 49, p. 583-600.
1997 *The Social Psychology of Protest*, Oxford, Basic Blackwell.
- Klandermans B. & Tarrow S.
1988 « Mobilization into social movements : synthesizing European and American approaches », in B. Klandermans, H. Kriesi & S. Tarrow S. (eds), *From Structure to Action : Comparing Social Movement Research across Cultures*, Greenwich, JAI Press (« International Social Movement Research », 1).
- Klapp O.
1962 *Heroes, Villains, and Fools : The Changing American Character*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall.
1964 *Symbolic Leaders*, Chicago, Aldine.

1969a *Collective Search for Identity*, New York, Holt, Rinehart & Winston.

1969b *Currents of Unrest : An Introduction to Collective Behavior*, New York, Holt, Rinehart & Winston.

Kornhauser W.

1959 *Politics of Mass Society*, Glencoe, Free Press.

Kriesi

1996 « The organizational structure of new social movements in a political context », in D. McAdam, J. McCarthy & M. Zald (eds), *Comparative Perspectives on Social Movements : Political Opportunities, Mobilizing Structures, and Cultural Framings*, New York, Cambridge University Press.

Lang G. & Lang K.

1960 *Collective Dynamics*, New York, Cromwell.

1968 « Collective behavior », *International Encyclopædia of the Social Sciences*, 2, p. 556-565.

Leites N. & Wolf Ch.

1970 *Rebellion and Authority*, Chicago, Markham.

Livet P. & Thévenot L.

1994 « Les catégories de l'action collective », in A. Orléan (ed.), *Analyse économique des conventions*, Paris, PUF, p. 139-167.

Lofland J.

1966 *Doomsday Cult : A Study of Conversion, Proselytization, and Maintenance of Faith*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall.

1976 *Doing Social Life : The Qualitative Study of Human Interaction in Human Settings*, New York, Wiley.

1982a *Crowd Lobbying*, Davis, Institute of Governmental Affairs, University of California.

1982b « Crowd joys », *Urban Life*, 10, p. 355-381.

1985 *Protest : Studies of Collective Behavior and Social Movements*, New Brunswick, Transaction Books.

1996 *Social Movement Organizations : Guide to Research on Insurgent Realities*, New York, Walter de Gruyter.

1997 « Systematizing research findings on collective behavior and social movements », *Mobilization*, 2 (1), p. 1-20.

McAdam D.

1982 *Political Process and the Development of Black Insurgency 1930-1970*, Chicago, University of Chicago Press.

1988 « Micromobilization contexts and recruitment to activism », *International Social Movement Research*, 1, p. 125-154.

1996 « The framing function of movement tactics : strategic dramaturgy in the American civil rights movement », in D. McAdam, J. McCarthy & M. Zald (eds), *Comparative Perspectives on Social Movements : Political Opportunities, Mobilizing Structures, and Cultural Framings*, New York, Cambridge University Press, p. 338-355.

McAdam D., McCarthy J. & Zald M. (eds)

1996 *Comparative Perspectives on Social Movements : Political Opportunities, Mobilizing Structures, and Cultural Framings*, New York, Cambridge University Press.

McCallion M. J. & Maines D. R.

1999 « The liturgical social movement in the Vatican II Catholic Church », *Research in Social Movements, Conflict, and Change*, 21, p. 125-149.

McCarthy J. D.

- 1994 « Activists, authorities, and media framing of drunk driving », in E. Laraña, H. Johnston & J. Gusfield (eds), *New Social Movements : From Ideology to Identity*, Philadelphie, Temple University Press.
- Marullo S., Pagnucco R. & Smith J.
 1996 « Frame changes and social movement contraction : U.S. peace movement framing of the Cold War », *Sociological Inquiry*, 66, p. 1-28.
- Melucci A.
 1989 *Nomads of the Present : Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*, Londres, Century Hutchinson.
 1996a *The Playing Self : Person and Meaning in the Planetary Society*, Cambridge, Cambridge University Press.
 1996b *Challenging Codes*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Meyer D.
 1995 « Framing national security : elite public discourse on nuclear weapons during the Cold War », *Political Community*, 12, p. 173-192.
- Meyer D. & Staggenborg M.
 1996 « Movements, countermovements, and the structure of political opportunity », *American Journal of Sociology*, 101 (6), p. 1628-1660.
- Mooney P. H. & Hunt S. A.
 1994 « A repertoire of interpretations : master frames ideological continuity in U.S. agrarian mobilization », *The Sociological Quarterly*, 37, p. 177-197.
- Morris A.
 1981 « The black Southern sit-in movement : an analysis of internal organization », *American Sociological Review*, 46, p. 744-767.
 1984 *The Origins of the Civil Rights Movement : Black Communities Organizing for Change*, New York, Free Press.
- Nelkin D. (ed.)
 1992 *Controversy : Politics in Technical Decisions*, Newbury Park, Sage.
- Neveu E.
 1999 « Mouvements sociaux, médias, espaces publics », *Réseaux*, 98, p. 17-85.
- Noonan R. K.
 1995 « Women against the State : political opportunities and collective action frames in Chile's transition to democracy », *Sociological Forum*, 10, p. 81-11.
- Oberschall A.
 1973 *Social Conflict and Social Movements*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall.
 1993 *Social Movements : Ideologies, Interests, and Identities*, New Brunswick, Transaction Publishers.
- Offerlé M.
 1994 *Sociologie des groupes d'intérêt*, Paris, Montchrestien.
- Park R. E. & Burgess E. W.
 1921 *Introduction to the Science of Sociology*, Chicago, University of Chicago Press.
- Petit J.-L.
 1991 *L'action dans la philosophie analytique*, Paris, PUF.
- Pharo P.
 1990 « La question du pourquoi », in P. Pharo & L. Quéré (eds), *Les formes de l'action*, Paris, Éd. de l'EHESS, p. 267-309 (« Raisons pratiques » 1).
- Pharo P. & Quéré L. (eds)
 1990 *Les formes de l'action*, Paris, Éd. de l'EHESS (« Raisons pratiques » 1).
- Polletta F.

- 1997 « Culture and its discontents : recent theorizing on the cultural dimensions of protest », *Sociological Inquiry*, 67 (4), p. 431-450.
- 1998a « “It was like a fever...” Narrative and identity in social protest », *Social Problems*, 45 (2), p. 137-159.
- 1998b « Contending stories : narrative in social movements », *Qualitative Sociology*, 21 (4), p. 419-446.
- Polletta F. & Jasper J. M.
- 2001 « Collective identity and social movements », *Annual Review of Sociology*, 27, p. 283-305.
- Quarantelli E. L.
- 1953 *A Study of Panic : Its Nature, Types, and Conditions*, Chicago University, Master.
- 1954 « The nature and conditions of panic », *American Journal of Sociology*, 60, p. 267-275.
- Quéré L.
- 1990 « Agir dans l'espace public », in P. Pharo & L. Quéré (eds), *Les formes de l'action*, Paris, Éd. de l'EHESS, p. 85-112 (« Raisons pratiques » 1).
- 1996 « L'espace public comme lieu de l'action collective », *Mana*, 2, p. 235-265.
- Ricoeur P.
- 1975 *La métaphore vive*, Paris, Seuil.
- 1983 *Temps et Récit*, Paris, Seuil.
- Rosenthal N., Fingrudt M., Ethier M., Karant R. & McDonald D.
- 1985 « Social movements and network analysis : a case study of nineteenth-century women's reform in New York State (1840-1914) », *American Journal of Sociology*, 90 (5), p. 1022-1054.
- Ryan C.
- 1991 *Prime Time Activism*, Boston, South End Press.
- Schutz A.
- 1962 « On multiple realities », in *Collected Papers, I*, éd. par M. Natanson, La Haye, M. Nijhoff, p. 113-135 [1945].
- Schwalbe M. L. & Mason-Schrock D.
- 1996 « Identity work as group process », *Advances in Group Processes*, 13, p. 113-147.
- Schwayder D. S.
- 1965 *La stratification du comportement*, Londres, Routledge & Kegan Paul.
- Scott M. B. & Lyman S. M.
- 1968 « Accounts », *American Sociological Review*, 33 (1), p. 46-62.
- Sewell W. H. Jr
- 1983 *Gens de métier et révolutions. Le langage du travail de l'Ancien Régime à 1848*, Paris, Aubier Montaigne.
- Shibutani T.
- 1966 *Improvised News : A Sociological Study of Rumor*, Indianapolis, Bobbs-Merrill.
- Smelser N. J.
- 1963 *Theory of Collective Behavior*, Glencoe, Free Press.
- Snow D. A. & Benford R. D.
- 1988 « Ideology, frame resonance, and participant mobilization », in B. Klandermans, H. Kriesi & S. Tarrow S. (eds), *From Structure to Action : Comparing Social Movement Research Across Cultures*, Greenwich, JAI Press, p. 197-217 (« International Social Movement Research 1 »).
- 1992 « Master frames and cycles of protest », in A. D. Morris & C. McClurg Mueller (eds), *Frontiers in Social Movement Theory*, New Haven, Yale University Press, p. 133-155.
- 2000 « Framing processes and social movements : an overview and assessment », *Annual Review of Sociology*, 26, p. 611-639.
- Snow D. A., Cress D., M., Downey L. & Jones A.

- 1998 « Disrupting the quotidian : reconceptualizing the relationship between breakdown and the emergence of collective action », *Mobilization*, 3, p. 1-22.
- Snow D. A. & Davis Ph. W.
1995 « The Chicago approach to collective behavior », in G. A. Fine (ed.), *A Second Chicago School ? The Development of a Postwar American Sociology*, Chicago, The University of Chicago Press, p. 188-220.
- Snow D. A. & McAdam D.
2000 « Identity work processes in the context of social movements : clarifying the identity-movement nexus », in Sh. Stryker, T. J. Owens & R. W. White (eds), *Self, Identity, and Social Movements*, New York, Aldine de Gruyter, p. 41-67.
- Snow D. A. & Machalek R.
1984 « The sociology of conversion », *Annual Review of Sociology*, 10, p. 367-380.
- Snow D. A., Rochford E. B., Worden S. K. & Benford R. D.
1986 « Frame alignment processes, micromobilization, and movement participation », *American Sociological Review*, 51, p. 464-481.
- Snow D. A., Zurcher L. A. & Ekland-Olson S.
1980 « Social networks and social movements : a microstructural approach to differential recruitment », *American Sociological Review*, 45, p. 787-801.
- Snow D. A., Zurcher L. A. & Peters R.
1981 « Victory celebrations as theater : a dramaturgical approach to crowd behavior », *Symbolic Interaction*, 4, p. 21-41.
- Social Research
1985 N° spécial : *Social Movements*, J. Cohen, K. Eder, A. Melucci, C. Offe, C. Tilly & A. Touraine (eds).
- Steinberg M. W.
1998 « Tilting the frame : considerations on collective framing from a discursive turn », *Theory and Society*, 27, p. 845-872.
- Swart W.
1995 « The League of Nations and the Irish question : master frames, cycles of protest, and master frame alignment », *The Sociological Quarterly*, 36, p. 465-481.
- Swidler A.
1986 « Culture in action : symbols and strategies », *American Sociological Review*, 51, p. 273-286.
- 1995 « Cultural power and social movements », in H. Johnston & B. Klandermans (eds), *Social Movements and Culture*, Minneapolis, University of Minnesota Press, p. 25-40.
- Tannen D.
1993 « What's in a frame ? », in Id. (ed.), *Framing in Discourse*, New York, Oxford University Press, p. 14-56.
- Tarrow S.
1994 *Power in Movement : Social Movements, Collective Action, and Politics*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Taylor C.
1985 « Language and human nature », in Id., *Human Agency and Language. Philosophical Papers*, 1, Cambridge, Cambridge University Press, p. 215-247.
- Taylor V. & Whittier N. E.
1992 « Collective identity in social movement communities : lesbian feminist mobilization », in A. Morris & C. McClurg (eds), *Frontiers in Social Movement Theory*, New Haven, Yale University Press.

1995 « Analytical approaches to social movement culture : the culture of the women's movement », in H. Johnston & B. Klandermans (eds), *Social Movements and Culture*, p. 163-187.

Thévenot L. & Lamont M. (eds)
2000 *Rethinking Comparative Cultural Sociology*, Cambridge, Cambridge University Press.

Tilly Ch.
1986 *La France conteste de 1600 à nos jours*, Paris, Fayard.

Touraine A.
1969 *La société post-industrielle*, Paris, Denoël-Gonthier.

Trom D.
1999 « De la réfutation de l'effet Nimby considérée comme une pratique militante. Notes pour une approche pragmatique de l'activité revendicative », *Revue française de Science politique*, 49 (1), p. 31-50.

Tuchman G.
1978 *Making News : A Study in the Construction of Reality*, New York, Free Press.

Turner R. H. & Killian L. M. (eds)
1984 *Collective Behavior*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall [1957].

White A. M.
1999 « Talking black : micromobilization processes in collective protest against rape », *Gender and Society*, 13, p. 77-100.

Whittier N.
1995 *Feminist Generations : The Persistence of Radical Women's Movement*, Philadelphia, Temple University Press.

Williams G. I. & Williams R. H.
1995 « "All we want is equality" : rhetorical framing in the fathers' rights Movements », in J. Best (ed.), *Images of Issues : Typifying Contemporary Social Problems*, New York, Aldine de Gruyter, p. 191-212.

Williams R. H.
1995 « Constructing the public good : social movements and cultural resources », *Social Problems*, 42, p. 124-144.

Wilson J.
1973 *Introduction to Social Movements*, New York, Basic Books.

Winch P.
1958 *The Idea of a Social Science and its Relation to Philosophy*, Londres, Routledge & Kegan Paul.

Zald M. N. (ed.)
1967 *Organizing for Community Welfare*, Chicago, Quadrangle Books.

Zald M. N. & Denton P.
1962 *From Evangelism to General Service : On the Transformation and Character of the WMCA*, Chicago, University of Chicago Press.

Zald M. N. & McCarthy J. D.
1987 *Social Movements in an Organizational Society : Collected Essays*, New Brunswick, Transaction.

Zuo J. & Benford R. D.
1995 « Mobilization processes and the 1989 Chinese democracy movement », *The Sociological Quarterly*, 36, p. 131-156.

Zurcher L. A.
1982 « The staging of emotions : a dramaturgical analysis », *Symbolic Interaction*, 5, p. 1-22.
1985 « The war game : organizational scripting and the expression of emotion », *Symbolic Interaction*, 8, p. 191-206.